

Carlos Calamita

Los Inúfiles.

◆◆◆ NOVELA ◆◆◆



PRECIO 2 PESETAS.

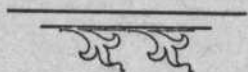


1910

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
15, Puerta del Sol, 15.

MADRID

Los Inútiles.



5579755+



Los Inútiles.

NOVELA

por

Carlos Calamita.



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Puerta del Sol, 15

1910.

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS

DEDICATORIA





Cansado de torturarme abandoné la pluma. Y en busca de mis amigos dirigime á un café. Allí estaban los amables compañeros departiendo en charla alegre.

La amena conversación recayó al fin sobre lo trivial. Hablamos de política y entre sorbos de café y humo de cigarros se hicieron declaraciones y hasta confidencias.

Llegó el turno á mí y me preguntaron:

—¿Tu eres liberal?

—¡Pchs!;—contesté despectivamente.

—¿Conservador?

—Menos.

—¡Ah!, entonces, eres socialista.

—De ninguna manera.

—¿Anarquista?

—Tampoco.

Los amigos, perplejos, se miran entre sí y reflexionan. No aciertan y se dan por vencidos.

—¿Pero que será este hombre?— dicen.

Aguardan mi gran revelación; esperan el programa de un partido nuevo; y entonces les digo que no soy nadie, y que no pienso nada de nada, y que como yo hay en España cerca de veinte millones de ciudadanos. Me parece que formamos el gran partido.....

.
Más tarde, cuando abandoné la tertulia, fui á casa á escribir estas líneas, que son de ofrenda, porque yo no puedo rendir mi obra, dedicar mi libro á nadie mejor que á esa falange de pensadores del único partido español.

Así, pues, dedico **Los Inútiles** á todos los españoles, como muestra cordialísima de mi desinteresado y correligionario afecto.

Carlos Calamita



Prólogo.





VEA el lector en estas líneas no un prólogo corriente, en el que el autor da noticia del fin de su obra; yo no incurriría en tamaña incongruencia; el fin de **Los Inútiles**, está al final; sinó una justificación, una satisfacción cumplida que á mí mismo me doy y como voy á dármela á sí propio, no quiero escatimarla.

Era un día cálido del mes de Septiembre. Lejos de los hombres, allá en el recogimiento espiritual de la Naturaleza, apartado de las urbes populosas, refugiado en el campo donde todo es verdad, hasta la vida, terminé febril las cuartillas de este libro.

Mi esfuerzo podía darse ya por satisfecho. En la santa paz del aislamiento puse en prosa las historias que aprendiera en las ciudades.

Con el íntimo contento del que cumple su misión, las cuartillas sobre la mesa en desorden me daban alegría.

—¿Qué hacer de ellas?— Me pregunté entonces.—Y un frío excepticismo acudió á mi mente en contestación á la pregunta. ¡Cómo ir á contar á la ciudad lo que de la ciudad viene! ¡Tarea baldía!

Y á punto estuve de rasgar las cuartillas; y las hubiera roto, si mi triste soledad no me hubiera mandado á la balumba alegre de los pueblos.....

Y entré en la urbe con mi labor terminada que anhelante exigía el concurso de otras personas á las que dar que hacer. Allí busqué un hombre y sufrí un desencanto, mejor dicho, muchos. Si hubiera tenido la linterna de Diógenes de Sínope, el Cínico aquel burlón y caústico, la hago añicos contra el suelo..... La urbe, es un pueblo grande, moderno, amorfo, con largas avenidas y fáciles comunicaciones, con casinos y centros de enseñanza en los que gentes atildadas, temerosas, timoratas, pulcras, amigas del orden, y del compás, y de la monotonía, y enemigas de los que tienen alma, viven con prejuicios, pensando en la forma de agradar sin ser agradables, alardeando de sentimientos cuando no han sentido nunca como no sea la tristeza del bien ageno, pasando de generación en generación y en vínculo odioso el talento si el abuelo distinguióse haciendo excentri-

ciudades, la influencia política como la propiedad cuando el yerno fué cacique y el dictado de magnánimo y de cristianísimo si se acude puntualmente á todos los actos externos del culto de una Religión, que, comprendiendo no debía ser ostentosa, fué detentada por los ascendientes de los que hoy dicen defenderla..... Un pueblo, en fin, digna mansión de vividores modernos que desenvuelven su vida en la pigracia de la usura, teniendo por ideal romántico á que aspirar, el interés; mirando siempre con doblez mejor á quien más tiene y mixtificando en la balanza de la equidad los méritos con el dinero..... Un pueblo, como todos los pueblos. La soledad me había aconsejado bien.

Y sin darme cuenta de ello cumplí mi trabajo. Un trabajo ni fuerte, ni flojo; ni muy activo, ni muy aniquilante; y que no me hacía desfallecer ni me halagaba; como todos los trabajos que producen la marcha triunfal de esta Sociedad de socios descansados á seguros alivios do esperan la dicha y el placer á los que cumplen, la alegría á los que llegan y la gloria á los que se esfuerzan, porque el esfuerzo es la llave de todas las puertas, ganzúa contra la que no prevalecen misteriosos cerrojos racionales, palanca potentísima contra obstáculos vi-

vientes, cuña de fuerza para peñas de mendrugos sociales, para estos mendrugos que en las sinuosidades de la vida marcan la ruta en el camino, torciendo voluntades, mandando pensar en la Esperanza que será un consuelo, pero es para quien lo tiene todo.

Y escribiendo esto, hasta mí llegan las mentiras de la ciudad y los engaños de los hombres; es decir, las únicas verdades que en la tierra hay. Lo que me hace soñar con el trabajo, en el que todos creen ó suponen creer, y así me he dicho: vamos á trabajar porque *es preciso hacer algo, sinó para ocuparse, para que el mundo se ocupe de uno*, como dice Jean Lorrain en su manuscrito de *El Señor de Phocas*, aquel gran ilustre señor digno de sus gustos y á quien sólo faltó para completar la frase decir: *es preciso hacer algo sinó para ocuparse para que el mundo se ocupe de uno*, dando así ocupación á los demás mortales desocupados.

Acérquense pues, mis amigos al libro.

Carlos Calamita.



Los Inútiles.

¡Pobres hombres!
~~~~~

**B**LANCO del polvo de los caminos yermos y sedientos, venía el mendigo. Su aspecto no era simpático, no podía serlo. *Aunque pobreza*, digan los ricos, *no es vileza*; miseria si es y hasta la fecha, el límite de lo vil y lo misérrimo, sinó se confunde, es porque no se diferencia ni se distinguió nunca.

En la diestra la cayada y el morralillo á la espalda, avanzaba calle abajo al centro de la población. De vez en vez, al pasar un transeunte, echaba al brazo el palo y quitándose el sombrero, roto y mugriento,

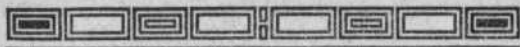
musitador pronunciaba algunas frases, implorando estúpidamente la Caridad. Y siempre las mismas respuestas: *Hermano, Dios le ampare. Perdone, otra vez será.* Siguiendo el vagabundo su odisea en pos de la esperanza y del consuelo, sin desfallecer, sin que un quejido saliese de sus labios mendicantes, que parecían haber olvidado otras frases que no fueran las de pedir, pedir á todas horas, pedir siempre..... En cambio, los hombres, cuando él pedía, usaban también las mismas palabras. Y es que para la Caridad como para el dolor no hay fronteras, ni el idioma es un obstáculo. Los franceses indigentes, en España no necesitan intérprete. La lengua universal es una utopía, porque la contrarían todas las tradiciones, menos la tradición de los menesterosos y de la Caridad. ¡Caridad de caridades! ¡Abnegación de abnegaciones! ¡Solidaridad ejemplar de mancomunado desprendimiento!

Aprended, ricos: ese exagerado individualismo que os domeña, debe desaparecer. Los pobres no se oponen y dan su historia sin interés, sacrificándola en aras de la fraternidad. Vosotros, tan humanos, tomad la historia de los pobres, que no es

una pobre historia, es la eterna historia de siempre; la historia de los hombres pobres en su paso por este planeta, que no es triste, mas tampoco divertido.....







### **Delicias provincianas.**



buena población había llegado el mendigo. Lunes era y hasta el sábado las casas principales no abrían sus puertas caritativas á los miserables.

Los católicos, tan preceptuosos y tan rigoristas, dedican en muchos sitios el séptimo día de la semana, el sábado, á la Virgen y á los pobres.

Era aquella una ciudad muerta que vivía de recuerdos. Los ricos eran los únicos que allí tenían morada, aferrados á lo tradicional y á lo arcaico, puntal de las sociedades viejas, inexpugnable baluarte desde el cual se defienden los hombres caducos, los que al santo y seña de lo que va á ser oponen la bandera de lo que ha sido, como si el pasado y el futuro no fueran producto de la evolución ó de la revolución y pudieran

aunarse para engendrar un presente decrepito. Una ciudad antigua de irregulares calles con pétreas viviendas en algunas de cuyas fachadas campeaban heráldicos blasones patinados por el tiempo, en casonas solariegas de estirpes muertas que en su soberbia hieráticas conservaban en medio del correr desenfrenado del tiempo que todo lo atropella sin nada respetar, las ejecutorias de nobleza, escudos nobiliarios, timbres de grandeza, orgullo de familias hidalgas, patentes de distinción borrosas y sucias á la vez que inexpresivas.

Esto, en la calle de mejor aspecto de la población que, desembocando en ella, se veían tortuosas y mal empedradas vías donde el espíritu español, neto y castizo, imaginativo al pasar podía soñar una aventura donjuanesca en pleno siglo de los caballeros, en el que las leyes morales, higiénicas y de policía bien escritas estaban con la punta de una espada.

Y en todas las calles la misma tristeza, la misma quietud; como si la vida hubiérase suspendido y la muerte tranquila, sin espanto, pudiera reinar. De vez en vez el silente dormir plácido del muerto pueblo que vivía era roto por el descompasado pi-

sar de algún transeunte que ágil y enfrasado en reflexiones y pensamientos prácticos iba ó venía, en una dirección ó en otra.

Cuatro horas llevaba en aquel pueblo Ramón Blasco, que tal era el mendigo caminante y no había recaudado más que algunos céntimos.

—¿Que hacer?—Pensativo se preguntaba en mitad del arroyo el infeliz. Y arbitrista como los grandes hombres de acción, saliendo del ensimismamiento continuó pidiendo.....

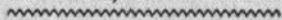








### La vida, es la vida.



**R**AMÓN Blasco representaba unos cincuenta años de edad. Era alto, flexible, de cara seca y rugosa, marchamo del tiempo, descuidada de afeite, á la que los ojos expresivos y brillantes daban cierto aire de comprensión y de inteligencia, como si por ellos asomara el alma. ¡Soberana espiritualidad la del espíritu que se vale de la materia para darse á conocer! ¡Gran sutileza.....!

Ramón Blasco, á verle el Greco le hubiera tomado por modelo. Parecía una figura de las que el soberbio individualista Theotocópuli pintara, escapada del cuadro y viviendo. Por su traje remendado en muchas partes con tela distinta, desfilachado y usadísimo, adivinaba la vista del menos sutil de los observadores, el marasmótico

cuerpo ennegrecido, del hombre que imperiosamente y por necesidad, ha de recoger el polvo de los caminos y las calles, la limpieza de los demás hombres en las ciudades y los pueblos, que venía á constituir su suciedad.

Era Ramón Blasco un pobre de esos que, siéndolo, han perdido la noción del tiempo y del espacio. Preguntándole los años que tenía, hubiérase cerciorado uno de ésto.

¿Dónde se hallaba? (?) ¿A dónde iba? (?) ¿De dónde venía? (?) He ahí tres preguntas que encerraban para él tres incógnitas, y que sabiendo se encontraba en alguna parte, había estado en algún sitio é iba á algún lado, no sabría resolver. Para él todo era lo mismo. La tierra no se la figuraba plana, ni esférica, ni cuadrada; no llegando á comprender tampoco la necesidad de figurársela de alguna forma. ¡Qué más daba! El mundo era un laberinto inmenso, ingeniosísimo; como el de los *Doce Señores*, ó el del *Lago Moeris*, con bóvedas y pasillos que á veces sin salida nos hacen retroceder y encontrarnos y vernos en parajes conocidos con personas que antes tratamos.

La mansión del hombre; un dédalo arti-

ficioso, enredado y confuso que en un rato de juego y buen humor Dios hizo como reflejo de su omnipotencia, para conocer hasta qué punto llegan las iniciativas de los seres humanos, de las criaturas imagen y semejanza Suya, encerradas en la sombra, para buscar la luz, para rasgar el velo del misterio y romper con las tinieblas entrando en plena vida, en vida de hombres, que tan pocos alcanzan á vivir.

El pordiosero desde su más tierna edad había vivido pidiendo; mejor, había pedido para vivir. Al entrar en la vida, la desigualdad nos sale al paso; y Ramón Blasco fué pobre de nacimiento, por azar ó por casualidad; tres causas que, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios verdadero, dan un mismo efecto práctico.

Y se desarrolló el mendigo, siendo científicamente la teoría de las células andando; de esto él no se daba cuenta, pero los sabios, que para todo tienen su explicación, así hubieran justificado su miseria, que no había menester de justificaciones.

Se acostumbró al hábito de la vida pobre, y, naturalmente, se desenvolvía en aquel medio que, después de todo, no era

malo. De ínfima burguesía, pero burguesía la fin. Burgués sin preocupaciones que siempre matan; sin familia, que sobra á todas horas; sin propiedad, que para nada sirve; sin amigos, que á más de desleales son egoístas; sin ninguno de los aditamentos que ligan á los hombres, sacrificando su libertad y su albedrío, la más hermosa de las conquistas realizadas sin darse cuenta, por el primer hombre al ser engañado por la primera mujer. ¡Feliz pareja de papanatas, que igual que se comieron la manzana de la desgracia, con la misma despreocupación poblaron más tarde el mundo!

Ramón Blasco tampoco pensaba en el trabajo.

—Será un don divino—decía él—que hará humanos á los hombres; pero el aprecio y la consideración de la Sociedad no pueden fundamentarse en el trabajo precisamente, porque entonces habría muchos seres despreciables..... —¡Transcendental pensamiento, fruto de una vida de experiencia y compendio de muchas vidas regaladas!

Y así había ido creciendo, ilustrándose en el gran libro de la realidad, formando su inteligencia y desarrollando sus facul-

tades en la monotonía de su tranquilo pasar por el mundo, sin que de sus huellas quedasen grandes rastros; aprendiendo por lo que le decían, que siempre vale más que aprender por lo que á uno hagan. Y á él, ¿qué le iban á hacer?.....

De su juventud, si los miserables la tienen, dos años los pasó en un Convento de frailes Mercenarios. Durante ese tiempo sirvió á los religiosos, quienes como pago le enseñaron á leer y escribir, alcanzando para su espíritu envuelto en las nebruras de la ignorancia, cautivo de la rudeza y de la ineducación, preso y esclavo de la incredulidad, redención nunca bastante agradecida.

En la Santa Casa, porque tuviera algo, imponderable esplendidez la de los frailes!, le hicieron tener fe, agregando al patrimonio el caudal de la esperanza: esperanza en la caridad de la fe de los hombres. Siendo esa la remuneración á sus servicios.

Para él los frailes eran buenos, y la vida monástica con sus rigores y con sus trabajos, con sus tormentos y con sus austeridades, inmejorable, tranquila y hasta grandemente ociosa. La abstinencia, el retiro y

la pobreza; los tres votos de los Mercenarios no eran muchos votos.

Una vez que hubo aprendido á leer, en la paz mística del descanso que sus quehaceres le dejaban, leyó algunos libros piadosos, santos libros reflejo de epopeyas y de historias, como *La Verdadera Pasión*, de Sor Ana María Enmerich; vidas de Santos venerables, como la del Presbítero Juan Gabriel Perboyre; de bienaventurados ascetas, de cenobitas reglados, de solitarios anacoretas; todos libros divinos, refugio de mundanas excelencias y de ejercicios prácticos de piedad, cuyas lecturas, siempre gratas, dejan en el alma rescoldos de contemplaciones y cenizas dichosas de suprema religiosidad, infiltrando en el espíritu algo del milenario sedimento santo de aquellos varones que, extáticos y traspuestos, pertenecieron á este mundo, siendo del otro al mismo tiempo.....

Como cuando se es joven la vida no preocupa, riñó un día con un buen Padre que cariñoso le reprendiera, y él, ciego de ira y rebelde, indómito, pidió la cuenta, echándose al mundo que olvidadizo no le hiciera caso, dejándole solo y abandonado.

Al salir del convento, con gran sentido

práctico, los frailes ofrecieronle una recomendación para trabajar, que él no quiso.

—¡Recomendación para trabajar! Esas cosas se daban para encontrar descanso y sosiego. ¡Recomendación para trabajar! ¿Qué era el trabajo? (?) ¡Y para eso se necesitaban recomendaciones!

No le costó mucho aclimatarse á la vida de penas y de holganza. Estaba habituado á ella. Sus primeros años, que no podía olvidar y el Convento luego, eran dignos precedentes para empezar á vivir bien. Para él no había redención posible.

Y reflexionando un día Ramón Blasco en qué ocuparse, implacable el estómago amo rtigüó las iniciativas obligándole á buscar su vida de antes; á pedir, á implorar la caridad. Y pletórico de energías, fingiendo desgracias y dolores, simulando penurias, exagerando su miseria, sacaba pingües limosnas, pocos á pocos que hacían algunas pesetas diarias.

Llegó á ser un artista en el oficio y aunque alguna vez bruscamente los hombres á sus palabras mendicantes, altaneros respondían, él perdonaba estas ofensas, no ignoraba que la limosna rebaja más á quien

la da que á quien la toma. ¡Y á cuántos él no denigraba!

Empezó á envejecer y con los años que entraban, las ilusiones se perdían. Las facultades y las iniciativas también se hallaban agotadas. Ya no podía estar fijo en un sitio é inquieto y sin sosiego, giróvago corrió la tierra de desventura en desventura, sin resignación á su fracaso, no queriendo comprender que la juventud es la vida y que á los viejos los jóvenes sustituyen imperiosamente, sin consideración, luchando siempre; y que lo mismo en el arte de implorar que en los demás artes la vida es de la juventud que se impone á toda costa peleando por el triunfo, caiga quien caiga. Y él, era un caído.

Y así, fracasado y viejo, blanca la cabeza y negro el espíritu se hallaba Ramón Blasco aquel lunes, en la ciudad hospitalaria y caritativa los sábados.







### Santidad peregrina.



**L**LEGÓ la noche de aquel lunes triste, y el pordiosero no había reunido aun cantidad bastante para confortar el estómago y poder dar reposo dignamente al cuerpo. Apesadumbrado de la vida, desengañado de los hombres no sabía qué hacer. Al caer de la tarde, entre el día y la noche, se encontraba indeciso: cenaba y no dormía en la posada ó de lo contrario, había de resignarse á aplazar las ganas de comer, entreteniendo el hambre con el sueño.

Pensando, Ramón Blasco recordó de sus lecturas conventuales aquellos Santos Bíblicos ejemplos de templanza y morigeración; la vida de aquel que dormía sobre el duro suelo poniendo los Evangelios de cabecera, y más tarde Noé pasó por su imaginación de resignado con necesidad,

figurándose en el campo con incomodidad recostado sobre una piedra.

—Y estos; habían sido varones ejemplares. En cambio, ¡no comer.....!

Comería, y después la Providencia tutora diligente de desamparados le acogería en su seno brindándole lugar de reposo y descanso.

En su camino encontróse el pordiosero en una plaza, en cuyo centro se levantaba un *kiosco* de madera; sobre el tejado de la caseta había un letrero que decía: *El Púlpito* y debajo *Vinos y comidas*. Antes de decidirse á entrar en aquella taberna el pordiosero dirigió sus ojos por toda la plaza; casi simétricamente colocadas había otras cuatro tiendas de bebidas, conociéndose porque lucían transparentes letreros de cristal que ostentaban las siguientes inscripciones: *El Limbo, El Purgatorio, El Cielo* y *El Infierno*.

A Ramón Blasco solo se le ocurrió pensar que los cinco establecimientos debían ser de un solo dueño, porque de otra suerte la competencia fuera tremenda.

Al fin, entró en *El Púlpito*; cortésmente saludó á los reunidos y fué á tomar asiento en un rincón del local, antro vocinglero,

donde la falanje de desocupados de la población daban guardia de honor á la cohorte de mendigos y trabajadores, gentes que bebían y fumaban sin gozar de la vida otras delicias, levantando voces aguardentosas flotantes sobre la atmósfera acre, resudosa; de tabaco, de vino y de carne humana, malo aquéllos y sucia ésta.

Enseguida un dependiente de la casa le preguntó qué deseaba. Pidió Blasco de comer y con gran apetito, mientras los demás charlaban y discutían, él con sosiego comió, agotando las viandas. Y una vez que hubo terminado, indiferente á la reunión, cruzó los brazos sobre la mesa, inclinó la cabeza y al arrullo de los vocablos tabernarios se quedó dormido.

Hablábase en la taberna de lo de siempre: de la cuestión política y de la cuestión social; allí se tramaban conspiraciones y se hacían las huelgas, y se soñaba á todas horas con la redención del proletariado, que aunque vicioso y borracho no es tan abyecto—según decía un contertulio—como los plutócratas. Y todos asentían dándose por conformes.

—¡Que no pensamos más que en el vino! dicen los burgueses—, añadía uno.

Y sin darle tiempo á continuar contestaba otro:—Tienen razón; pero, ¿en qué piensan ellos?

—Ellos sí piensan—dijo el primero—, en explotarnos y en hacerse ricos, no transigiendo ni con nuestra soberbia, que es lo único que tenemos.

Y el tabernero al mismo tiempo que presentaba á los reunidos otra ronda de copas, dijo filosóficamente:—Pues cultivemos la soberbia, vengándonos así de quienes tienen dinero.

—Ahí se las den todas—repuso cacha-zudamente un nuevo personaje—, entretanto nos llevan á los hijos, para mermar nuestras fuerzas, á servir al rey y á defender la Patria; una Patria que no sentimos y que de nada nos sirve, puesto que para nada la utilizamos, y á servir..... ¡que sirvan los ricos.....!

Y antes de que terminase rezongó un borracho que tenía trazas de miserable:—Y luego, pobres de nosotros, si nos valemos de los hijos para implorar la caridad; dicen que los enseñamos á ladrones cuando en España el sentimiento del robo, como el de conservación es innato en los hombres, nace con los españoles y los únicos que

no roban son los que no pueden, los que piden.

—Eso bien lo sabe el que da—contestó el tabernero—, que con la perra ó el céntimo ofrece un curso de moralidad completa: *No lo eche usted en vino. Que no sea para vicios.....* Y no, ¡que se va á gastar en instruírse!

—Además de que, ¿qué le importan á nadie las buenas costumbres, ni la moralidad, cuando no queremos moralizarnos.

—Sí; pero eso cuéntaselo á.....—contestó el dueño de la casa al mismo tiempo que se abría la puerta de la taberna asomando el kepis de un guardia que con acento gallego y de autoridad anunció las doce y media.

Empezaron á salir los reunidos, renegando de las leyes y del orden y profiriendo amenazas contra los gobernantes.

De los últimos, con los rezagados, salió Ramón Blasco, que en la soledad de la noche sentía fuertes las pisadas de los borrachos que en distintas direcciones marcharon.

Sólo ya, abandonado en mitad de la plaza, se preguntaba el pordiosero:—¿A dónde ir?—Y firme en su preocupación, ajeno

á todo no se le ocurrió fijarse si *El Cielo*, *El Purgatorio*, *El Limbo* ó *El Infierno*, tenían aun abiertas sus puertas.

Convencido de que sin dinero no se puede ir á ninguna parte, empezó á filosofar el pordiosero, meditando acerca de la caridad; al mismo tiempo que con paso firme, sin orientación, vagaba atravesando calles para salir de la población.

La noche se prestaba á tales ocupaciones; era á mediados de Agosto, una de esas noches estivales, bochornosa, tranquila, de atmósfera diáfana y cielo límpido, en el que las estrellas miran esplendorosas á la tierra, en tanto que la luna, brillante en su carrera majestuosa, alumbra la mansión terrenal con luz de plata, siguiendo fatal su camino, huyendo al día con igual desenfreño que el sol huye á la noche.

—¡Ah, Caridad! Ya la época de los Santos Varones ha pasado. El rastro de Tomás de Villanueva se ha perdido, ya no existe..... Y de San Martín, ¿qué decir de San Martín.....?

Y en vaporosa procesión indefinida, en deliquio humano, puestos los ojos en las cosas divinas, en arrobamiento ascético á que le llevaba el sueño que vencía su cuer-

po y el alcohol que espiritualizaba más su alma, por la mente de Ramón Blasco empezaron á desfilas ideales figuras de hombres que parecían irreales al pasar los días, en estas épocas de interés exagerado, de mercantilismo exorbitante, llevado al sumum. Visionarias torturaciones de pasionales que se mortificaban y condenaban á duros trabajos su cuerpo para salvar su alma y que gozase de las delicias celestiales al venir la muerte.

—¡Buena Caridad queda de los predestinados! No más que sus acciones en los libros, y para eso estos libros no están al alcance de todos como debían. Hoy ya ni pueden esperarse desprendimientos dignos, ni nobles actos. El dinero es el único aprecio del mundo. ¡Como si en el mundo no hubiera más que el dinero.....! Los castellanos, y no esperaba yo esto de este pueblo, lo han dicho: *tanto tienes, tanto vales*.—Para Blasco, todos los refranes eran castellanos y los castellanos le parecieron unos brutos.—De suerte que yo no valgo nada. ¡Ah, no puede ser! ¿Y la moralidad? ¿Y la conciencia? De la conciencia y de la moralidad, ¿no han hecho ningún refrán los castellanos? ¡Lástima grande! Aunque mejor

es; porque de un pueblo que piensa el *tanto tienes, tanto vales* nunca puede salir bien parada ni la moralidad, ni la conciencia.

Así pensando llegó á uno de los extremos de la población. Tranquilo el río se deslizaba susurrante por las azudas ó taludes de las fábricas, que, en movimiento sus paletas, trabajaban.

Ramón Blasco atravesó el puente para salir de la población, y una vez fuera de él se encontró en una barriada de casas de aspecto ruin y pobre, enjalbegadas de cal, teniendo algunas de marco del tejado y presutando sombra al zaguán un emparrado raquítico.

En algunas casas la luz de las habitaciones filtrábase por entre las ventanas mal acopladas.

—Y aquí, ¿qué hacer?—se preguntaba Ramón Blasco.—Porque es peor que estar en la ciudad.

Sin saber el partido que tomar, el infeliz volvió sobre sus pasos, atravesó el puente de nuevo y cuando entraba en la población un empleado del Resguardo de Consumos le salió al alcance.

—Buen hombre, ¿qué lleva usted?

—Nada—contestó el mendigo siguiendo



su camino. Y pensando que había engañado al vigilante volvió á decir:—Nada, no; sueño y ganas de dormir.—Sosteniendo, en tanto que avanzaba ya ciudad adentro, un animado soliloquio, del que no salía muy bien parado el tributo de consumos ni los hombres idiotas que se prestaban á pasar la noche en claro para averiguar lo que en la ciudad entrase, sin importarles un bledo lo que de ella saliera. Con gusto Ramón Blasco aquella noche se hubiera dedicado á hacer matute.

El agradable fresco estival que se sentía vino á aliviar su cabeza, abrumada por los pensamientos; y sintió deseos de andar, de salir otra vez de aquella población, de verse lejos de donde si es cierto que estuvo San Vicente Ferrer, de sus virtudes y obras no guardaba nada.

Empezó á desconfiar de los libros, de aquellos libros leídos en la soledad de los claustros monacales, de sabor místico, de perfume y de olor santificante, de plena gracia indefinida de color.

—Lo que es en esta población, ni ha habido Santos, ni puede haberlos. Por mal concepto que de los Santos se tenga, no hay más que fijar la atención; en un día he

logrado reunir cuarenta y cinco céntimos; eso que apelé á todos los medios y apuré todos los recursos..... La santidad, por lo que á la pobreza respecta, no son buenas razones ni prudentes consejos; es leche sacratísima que mana de los pechos siempre ubérrimos de la Iglesia católica para hacer dulces las amarguras de los desheredados... Pero, ya no hay católicos. La culpa de mis penurias no es de los libros, ni tampoco de las ciudades: la tienen los hombres, que edifican éstas y hacen aquéllos olvidándonos á los pobres, porque ya estamos hechos.....

—Caridad, la de los Santos Varones cuyas vidas tanto me han halagado; hombres, hombres, no, superhombres que llegaron á colmar de perfecciones su vida metódica, arreglada. Personas que, abstraídas del mundo, se preocupaban más de los semejantes que de ellos mismos y en la tierra no tenían nada que no fuese de todos, de todos los que en su época vivían. Y huyendo á la vida, apartándose del siglo se refugiaban en las tranquilidades de la convivencia de espíritus superiores que se apoyaban mutuamente, ayudándose á combatir al demonio, al mundo y á la carne, los

tres más grandes enemigos que el hombre antes que sus semejantes en la tierra tiene. Aquellos sí que eran espíritus fuertes. Y después se les recriminaba llamándolos egoístas. ¿Egoístas? Sólo cuando yo estaba en el Convento, en un Convento que no era rico y donde los frailes hacían voto de abstinencia, de las sobras de la comida alimentaban los Padres á más de veinte pobres.....

Y así, charlando sólo, como un buen peregrino, santamente, salió de la ciudad el pordiosero. Sentía deseos de andar y se alejaba de aquel pueblo, sin rumbo fijo, carretera adelante.....







### **Lo mandan las Bienaventuranzas.**

---

**H**ALA, hála, el sueño empezó á rendirle. Era el amanecer de un día espléndido. Ramón Blasco arregló sobre la tierra sus trapos, y tomando por dormitorio el campo, entregó su ajetreado cuerpo al descanso.

Con el calor de la mañana que le producía desfallecimiento, despertó enseguida, echando de nuevo á andar.

Pidió en las casas de campo y en los cortijos que al paso encontró, recibiendo en todas partes no más que cariñosas recomendaciones y consuelos de palabra, que ni aliviaban su espíritu, ni mejoraban su situación.

Hasta entonces se puede decir que había creído en la Caridad y la duda de que existiese empezaba á asaltarle.

—Ha existido; eso sí. San Martín, Santo Tomás de Villanueva y otros, son buenos ejemplos. Pero ya nada de ella queda, si algo por los campos hay que se vea, es el dorado de los frutos ópimos, la verdura de los prados exuberantes que se agostan bajo el fuego del sol, como se extingue á influencias de los actos de los hombres mi fe en creer lo antiguo, lo de los libros, y mi esperanza en el porvenir.

Avanzando más y más en la carretera, decía Ramón Blasco:—De los labriegos nada puede esperarse. Caridad, Caridad: tus huellas en la tierra se han perdido; al menos de la humana, porque la Divina, sí, esplendorosa se vé en los campos..... Y luego los hombres serán blasfemos y podrán adjudicarse las perfecciones sin dar parte al Creador de lo existente. Son réprobos, empedernidos en el camino del mal y anticaritativos..... Hasta la epopeya de los bandidos generosos se ha esfumado.....

La vista de las torres de otra ciudad, vino á poner término á sus justas disquisiciones acerca de la humana criatura. Cada vez que miraba adelante veía más cerca la población. Quizás fueran allí más piado-

sos los hombres y no tuvieran reglamentada la Caridad. Iba casi sin creer en ello, pero una fe santa le alimentaba y la esperanza venía á infundirle ánimos.

Al fin, llegó á la población; ésta, de aspecto no era más animada que la otra. Entró en ella pidiendo y desesperándose. No había remedio. Era el último creyente. Si aguardaba perdería también la fe, la fe en los Santos, porque la de la Caridad no había podido salvarla.

En aquella población no había reglamentos para la limosna, pero ésta estaba proscripta. Unos letreros grandes á la entrada de la ciudad ya lo expresaban: *Prohibida la mendicidad.*

—¡Y con qué derecho harán esto los hombres!—decía el pordiosero—, porque después no hablarán de libertades y respetos. Será que la libertad es también una mentira como lo es la conciencia y el pensamiento y la enseñanza.....

..... Pero no; esas cosas son abstracciones y la acción es un hecho. Yo puedo pedir porque debo vivir, y pediré, que de otra suerte me voy á echar á un camino. Por la libertad de conciencia ó de pensamiento es ridículo poner la cabeza de

blanco en los escombros de una barricada; pero por la libertad de vida es poco sacrificar la existencia, porque sacrificio hay siempre; y pediré en tanto haya hombres, que ya ellos saben defenderse no dando. ¡Prohibir la mendicidad! Los ricos sí que debían estar prohibidos..... Mas, ¿para qué este mal rato?; pediré en tanto no me lo prohiban de palabra y entonces me excuso diciendo que no sé leer. Aunque..... ¡quizás sea delito esto de no tener instrucción!; debe de serlo, porque el tener dinero para los pobres es pecado y la reciprocidad es justa.

No llevaba mucho tiempo pidiendo cuando un guardia vestido con pintoresco traje que recordaba á los sayones romanos, se le acercó invitándole á abandonar la población ó á ingresar en un asilo. Hecho el dilema con lógica autoritaria, escogió el pobre y bajando la cabeza como muestra de acatamiento, empezó á andar no sin justificarse como pudo ante la reprensión del guardia por contravenir lo que mandaban los anuncios puestos en sitio visible á la entrada del pueblo.

Cabizbajo, hablando sólo, iba calle adelante Ramón Blasco.



—Soy un inútil;—decía—no lo dudo. Pero en la Sociedad los inútiles somos necesarios..... ¿Para qué sirven los guardias?

Y después de barajar en su magín mil ideas con las que trataba de justificar la necesidad de los guardias en la Sociedad, resolvió el problema con dudas que le asaltaban y que no más que al guardia debía.

—Para eso sirven; entre otras cosas, para hacer perder la fe.—Entonces las ilusiones se desvanecieron en su mente. No había nacido para Santo, desconfiaba de los hombres y además echaba de menos la gracia especial del cielo que á los Santos sirvió en su vida de puntal y en cuya virtud aleccionaban á sus semejantes, encauzándolos y dirigiéndolos por el buen camino, por camino de perfección.

El no se parecía á ningún Santo. Recordaba á San Horencio y se lo figuraba en los campos de Lavedán, muerta ya Santa Paciencia, haciendo prodigios y viviendo, y á San Pipiano, separado en voluntad conforme de Santa Melania, místico en Jerusalén, olvidado de todo lo que no fuese preocupación por esta terrenal existencia.

—En cambio, ¡estos hombres de ahora! Hoy no se separa nadie para esas cosas; quizás para hacer vida de crápula muchos matrimonios pidieran el divorcio, aunque casi todos á la verdad no lo necesitan.

La duda de los libros volvió á asaltarle y empezaron de nuevo las negaciones. Ni le quedaba á él fe, ni Caridad había en la tierra.

¡Oh, si los Padres que cuando mozo troquelaron su espíritu, fortificándolo en el yunque de la penitencia le vieran en aquellas condiciones.....! ¡Vacilar la oveja purísima que ellos salvaron! ¡Por San Sérvulo!, *paralítico y pobre de hacienda, aunque rico de merecimientos* y cuya vida como nadie ha descrito el Papa San Gregorio en la Homilía 15 sobre los Evangelios: *para que se consuelen los pobres y los tullidos y fatigados con recias enfermedades, tengan un ejemplar caso de paciencia.* ¡Oh, San Sérvulo!, refrigerante de calenturientos, amparo de necesitados, hoguera cuya viva llama dirige á los descaminados, alivio del triste; paño á donde enjugan sus lágrimas los que lloran, espejo donde deben mirarse los que ríen..... extended vuestra acción á Ramón Blasco, bajad á él que sin fe y perdido en

el tráfigo de los dolores que secan los ojos y endurecen el corazón y embotan los sentidos, no podrá caminar por la espinosa senda del bien que en el mundo hay. Servid de faro y de guía puesto que para todo servís.

El mendigo recordó á San Ivón, padre de los pobres, en cuyo nombre los frailes exigían conformidad á los menesterosos que al Convento se acercaban.

San Ivón no podía desampararle en aquel trance. El Santo, que para estudiar Teología y Derecho Canónico había dejado de beber vino, vendría en auxilio de uno de sus hijos, que necesitaba comer para poder vivir.

Blasco desconocía la importancia del Derecho Canónico y de la Teología para los que se nutren, pero juzgando por la necesidad de la vida, comprendió el sacrificio de San Ivón, lo práctico del vivir, lo innecesario de la Teología y del Derecho Canónico, lo supérfluo de la bebida, lo reflejo de las funciones digestivas en el sistema nervioso.....

—¡Ah! si los Santos anduvieran por la tierra. ¡San Ivón, San Ivón, que olvidado tenía á los suyos!

Avanzando en la carretera Ramón vió á lo lejos un hombre detrás de un pollino. Era un labriego que distraído, yantando hacía la caminata. Febril el pordiosero se lo figuró circundado de clarísima aureola. No podía dudar que era San Ivón. A sus mientes tornó entonces el milagro de la gorra del Santo y con firmeza creyó que venía á darle de comer.

Ya se acercaba el caminante; al cruzarse con el pordiosero, este le saludó:

—Hermano, buenas tardes.

—Felices,—contestó el campesino.

—Sea misericordioso; por Caridad, deme pan de ese que come; que cansado vengo cuatro días de camino y tengo hambre. San Ivón, nuestro Padre, el Abogado de los pobres, sabrá pagárselo.

El viandante, sencillo campesino, aunque creyente, temeroso al oír hablar de Abogado, arreó la caballería sin contestar, y á paso presuroso, se alejó de la vista del pordiosero, que cariacontecido en mitad de la carretera, con la vista fija en el huído labriego, estuvo un gran rato.

Después fijóse en la verde alfombra que á sus ojos los campos presentaban, é ideas

de regresión de nivel intelectual cruzaron por su mente.

—¡Quién fuera burro!—Pensaba Ramón Blasco.

—Pero, ¡ah!—agregó contestándose á sí mismo—los burros también son despreciables; porque no hablan, es verdad, pero tampoco piensan. ¡Si siquiera pensasen!

Y casi convencido de que los burros piensan, solo que no expresan sus ideas por modestia,—la burra soberbia de Baláham habló,—volvió otra vez á andar maldiciendo de su suerte que por hombre, por racional le condenaba á idealidades en medio de pastos abundosos, frescos y exuberantes, y en los que como natural paradoja producto de la Naturaleza, el Rey de la Creación hambriento no podía dedicarse más que á filosofar, á pensar lo que allí haría si fuera burro.

Y sin darse cuenta de que en eso consiste la superioridad del ser humano, pensativo y envidioso Ramón Blasco miraba á un borriquillo que entre la yerba pacía y de vez en vez satisfecho, compasivo y retador, daba al aire sus descomunales orejas y perdía sus ojos tristes y creyentes, más creyentes y tristes que los de los hombres

modernos, si con los ojos cree el hombre, en el horizonte, en el infinito, bañando la mirada en la luz del atardecer y asistiendo con gran indiferencia al ocaso del día, á la puesta del sol que declinaba escondiéndose impasible, llevando de la tierra la luz y la alegría.

A Blasco los hombres se le figuraron animales de la peor catadura, negando su superioridad respecto de los demás seres creados.

—Está bien, y me justifico que cuando no se cite á los Santos no oigan, pero, ¡aludirles y no reverenciarlos.....!

—Sin duda alguna en un burro, en un mosquito, en una araña y aun en otras criaturas rastreras y viles se echa más de ver la grandeza de la perfección que en los hombres.—Y después de dicho esto como si llevara compañía, empezó á relatar:

—Caminaba un Santo por la ciudad de las góndolas negras, por Venecia, acompañado de un amigo; en su paseo se internaron en un bosque; perdidos en la umbría, hasta ellos llegaban los gorjeos múltiples y armoniosos de las aves, que en las copas de las hayas trinaban contentas. Silenciosos y recogidos en sí, avanzaban

paso á paso los viajeros. El Santo rompió el mutismo y dirigiéndose á su compañero le dijo: «Las hermanas aves alaban á su Creador, cantemos al Señor con ellas las horas canónicas.» Y puestos de hinojos empezó uno el rezo contestando el otro, acompañando con notas cadenciosas las aves, cantos de pleitesía á la Naturaleza, que como más naturales hacían que se perdiesen las palabras de los hombres que, ante la imposibilidad de seguir rezando, de común acuerdo, dijeron á los pájaros: «Hermanas aves, cesad de cantar hasta que nosotros acabemos de pagar al Señor las debidas alabanzas.» Y las aves callaron, como calló el halcón y el faisán, y la cigarra de San Francisco de Asís; y los gorriones que atentos á la palabra de este Santo, como si entendieran, se estuvieron quietos é inclinaron su cabeza cuando les comenzó á predicar diciendo: «Hermanas mías aves, mucho debéis alabar á vuestro Creador, porque os vistió de plumas y dió alas para volar y un aire puro en que espaciarnos y sin ningún cuidado vuestro y solicitud os mantiene y conserva, en tanto que al hombre echó al mundo desnudo.....» Y antes de terminar este discurso, los pájaros se rego-

cijaron contentos, y convencidos de la verdad de las palabras del Santo, extendiendo el cuello y las alas hacían demostraciones de alegría, no se sabe si de su suerte ó de la de los hombres. Siendo tanta la algazara de las aves que las palabras que el Santo dirigía á sus hermanos no llegaban á ellos y San Francisco de Asís volvió á hablar á las aves: «Bienaventurados pájaros; ya es tiempo de que yo también hable, pues vosotros hasta ahora habéis cantado; callad, pues, hasta que se acabe el Sermón y estad atentos.» Y persuadidas las aves levantaron el vuelo y no importunaron más con sus cantos.....

—Indudablemente—en mitad de la carretera decía Ramón Blasco—, los hombres son bestias, bestias que á través de las generaciones y cuando las razas van á extinguirse, se humanizan. Porque nunca han sido los hombres tan humanos como ahora. Humanitariamente se nos sabe abandonar, se nos abandona mejor sin que ningún recurso nos quepa, porque ya se sabe hablar á todas horas y en todas partes de asistencia social.

Y acongojado el infeliz pordiosero bajo el peso de la huída del labriego siguió ca-



mino adelante, cruzándose con una caravana de buhoneros y leñadores, gentes de camino, hombres-caracoles con burros resignados, familias sin hogar que, nómadas, llevaban con ellos la Patria y el mundo siempre estimulados por el espíritu y la inquietud de una vida denigrante en concepto de los sedentarios, de una bohemia sin afectos y sin ideal en sentir de los prácticos, bohemia triste que nunca pasa, siempre andando, hoy aquí, mañana allá y en todas partes lo mismo.

—Estos son hombres—dijo Ramón—, de nada se ocupan, hay que darles hecho el orden y las leyes y obligarles á que lo respeten y las cumplan porque su sociabilidad es salvaje, primitiva.

Caía el sol tras las montañas. Como la luz declinaba, el espíritu creyente de Blasco tocaba ya á su ocaso.

Llegó á un punto en que la carretera se bifurcaba. No sabía el camino que tomar, é indeciso se sentó sobre una piedra tallada que tenía unas flechas y unos números. Miró hacia un lado y hacia otro. Entre una nube de polvo vió avanzar por la carretera en desenfreno loco un caballo. Al llegar á donde estaba el pordiosero el jinete refrenó

la cabalgadura y dando las buenas tardes se apeó.

—¿Llegaré antes de anocheecer á la ciudad?—preguntó el recién llegado, á la vez que sacaba la petaca.

—Sí, buen hombre—contestó secamente Ramón Blasco, cogiendo al mismo tiempo un cigarro que le ofrecían.

—Salí esta mañana de casa, quince leguas de aquí, y es preciso que esta noche, de madrugada, vuelva al pueblo. El caballo está cansado; pero aunque reviente..... El alma de un hombre y la tranquilidad de una familia exigen el sacrificio de un bruto.

Blasco, inconsciente, miraba al caballo, piafador por el cansancio y á la persona que hablaba, sin llegar á darse cuenta de por quien diría aquello del *sacrificio de un bruto*.

Y ante el silencio de Ramón, continuó diciendo el jinete:—Sólo sentiría que mi esfuerzo fuera inútil y al volver hubiera ya fallecido el enfermo.

El pordiosero entonces se atrevió á preguntar:—¿Va usted en busca de algún médico?

—No; voy á hacer una visita y á buscar una carta. Médico hay en el pueblo, pero

cuando va uno á morir los médicos estorban.—Y convencido de que había dicho una gran verdad sobre la que era prudente no insistir, cambió de giro en las palabras.—Está muy malo un tío mío y hoy quisimos que confesara; llamamos al cura y se negó á ir, so pretexto de que el enfermo tiene dadas á réditos unas pesetas; y no han valido súplicas, ni amenazas, ni apremiantes requerimientos, ni protestas; todo se ha estrellado ante la testarudez del cura. Pero sólo pido á Dios que de vida á mi tío, hasta que yo vuelva al pueblo. De buen grado hará entonces don Modesto, lo que ahora no ha hecho por fuerza.

—Voy á la ciudad, — continuó diciendo—á ver á don Arturo, el diputado, y á que me de una carta de recomendación para el cura; y si ella no basta, que visite al Obispo .....  
.....Porque si no es para estas ocasiones, ¿dígame usted para qué sirve la política y para qué tiene uno amigos?

Perplejo Ramón Blasco, como no podía contestarle á las preguntas de ¿para qué sirve la política y para qué tiene uno amigos? guardaba un prudentísimo silencio, nada decía; por lo que el jinete llevó el

cigarro á la boca, sacó el pañuelo de yerbas de la faja, que cubría una enorme cadena con la que sujetaba el reloj, y limpiándose el sudor, se dispuso á subir de nuevo á la cabalgadura. Una vez en el caballo, despidióse del mendigo, y hostigando al animal, se perdió en la carretera.

Nervioso el pordiosero, pasando por una de esas crisis de peligro que son decisivas en la vida de un hombre, hablaba sólo.

—Pero, ¡gran Dios!—decía—, se necesitan recomendaciones para todo. Para el acto material de trabajar, para el espiritual de confesar..... Y entre el espíritu y la materia, que está la vida, el vivir bien sin recomendaciones tampoco se resuelve. Es decir, sin recomendaciones no se va á ningún sitio, mejor, no se debe de ir. ¿Por qué no dejaría yo que me recomendasen los frailes? Mi fe desde hoy va á ser en la desconfianza. Los afligidos no debemos creer en nada. Así como para alcanzar el martirio, no hay más que torturarse; y para ser rico, tener dinero; y para creer, fe; ni las creencias, ni el martirio, ni las riquezas, salvan cuando la salvación la ha de hacer uno propio, siempre se necesita que nos presenten y que fien por nos-

otros..... Fe, la de San Martín, que comió acónito para convertir á unos paganos, teniendo fe en el envenenamiento y no se envenenó de milagro. La fe es necesario que se pruebe. ¡Ah, como la esperanza! Si se tiene todo, ¿qué espera uno? Esperanza la de aquel Santo, que aguardaba sobre sus costillas el caer de una encina para convertir á unos herejes, y la encina cayó del lado en que éstos se hallaban..... Ahora toda la fe y toda la esperanza se sintetizan en el dinero, y con él se tienen recomendaciones. Recomendaciones grandes y fecundas en recursos, porque hoy todos los recursos que no vengan del dinero están agotados. Nada produce en la tierra como el dinero. Se le ha dado indudablemente en las sociedades modernas una importancia muy grande. La que no tiene. Los hombres todos piensan en él, sin acordarse para nada de la virtud, virtud augusta de no tenerlo, costando el mismo trabajo una cosa que otra. No; no merece el dinero tanta importancia..... Pero, y yo ¿qué hago ahora más que la apología del dinero? Un alma grande no debe ceder nunca ante las exigencias de las vidas pequeñas. ¿Qué me importa á mí, después de todo, el dinero?

«Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los Cielos.» El de la tierra para los ricos..... y ya tienen bastante, la tierra y el dinero.





### Las seis palabras del hombre.

---

**E**L Tiempo, la Tierra, el Hombre, la Naturaleza, el Dinero, las Recomendaciones. He ahí las seis palabras que durante un gran rato fueron el tormento de Ramón Blasco.

—El Tiempo—decía—, no hay tiempos malos, todo es como se vive, y lo que hace falta es ser un vividor. El tiempo pasa bien y el tiempo todo lo borra. ¿Qué más podemos pedir al tiempo, si con el tiempo todos somos lo mismo.....? La igualdad, es el tiempo.

—La Tierra, la Tierra da muchas vueltas, si, pero nosotros damos muy pocas. Y la Tierra ha de ser el escenario de nuestras obras, de estas obras estúpidas; é indiferente la tierra ha de agitarse en el espacio, sin que sus leyes se inmuten, ni se

cambien..., Lo que no se transforma no merece mi atención. Al fin, en la tierra todos somos canallas. La fraternidad, es la tierra.

—El Hombre, el rey de la Creación de los escolásticos, el micro-cosmo de los filósofos, el homo sapiens de los naturalistas, el bípedo implume de Platón, la débil caña que piensa de Pascal, el bichito de dos patas de Tourguenef..... Y los escolásticos, y los filósofos, y los naturalistas, y Platón, y Pascal, y Tourguenef..... hombres todos, en sentir de un pordiosero, porque los pordioseros también tenemos nuestras opiniones, son unos pretenciosos, unos mamarrachos. Todos son artistas, porque la eudiobiótica es un arte, y como dentro del arte, cualquiera que éste sea, las leyes no existen, cada cual obra según su capricho. La libertad es el hombre.

—La Naturaleza. Hay momentos en que es preciso creer en lo que los sabios dicen. ¡La Naturaleza! ¡Estilpón! ¡Las ideas abstractas! Mas no; ahí está la Naturaleza. ¡No la veis! Pues yo tampoco. La Naturaleza es el aislamiento y el hombre es ser sociable.

—El Dinero. Esto si que no es abstracto. La plutocracia es una ciencia, la ciencia



del robo, que corresponde al arte de vivir alegremente. Y lo que es en el mundo, todos no nos divertimos; ¡qué nos vamos á divertir.....! El dinero es la desigualdad.

—Las Recomendaciones. El favor. Todo; todo se mueve por esa palanca. Materialmente Arquímedes no pudo con el mundo; pero al correr los siglos su utopia se ha realizado; el mundo se agita por la recomendación que liga á los hombres y hace que cada uno sacrifique parte de su ser en beneficio de los demás. Las recomendaciones esclavizan; por eso no quise yo que me recomendasen los frailes.....

Y así, su inteligencia no muy cultivada, por eso decía esas cosas, que no hay nada que dañe como una cultura mediana, hacía conclusiones de gran transcendencia para su vida futura.

Sentado en la piedra había dicho:—*Bienaventurados los pobres; porque de ellos será el Reino de los Cielos.* El de la tierra para los ricos... y ya tienen bastante, la tierra y el dinero.

—¿Qué hacer en el mundo?—Y con resolución, levantóse nervioso del asiento, dispuesto á todo, añadiendo:—Si aquí no hago nada iré á buscar mi reino.

Abstraído oró un rato. El lucero vespertino brillaba arriba, alumbrando abajo en la media luz del atardecer estival.

Pensó en el suicidio; creyó era una inspiración del cielo y quiso llevarlo á la práctica. Cabizbajo echó á andar ilusionado por la forma más en consonancia con el misticismo.

Darse un tiro, no podía. Por falta de cabeza, no; revólver era lo que no tenía. ¡Ay! la ley de la compensación tan humana y tan divina. El que tenía revólver le faltaba cabeza... ¿Ahorcarse? Ningún santo se había ahorcado. Judas fué un traidor. Pero Judas hoy no se hubiera ahorcado, ni siquiera pasado por Santo.

La misopsiquia que atravesaba no era una aversión vulgar al vivir; era una vehementemente exantropía, un entusiasta deseo abnegado de dejar lo que no le pertenecía para buscar lo propio; uno de esos estados de sacrificio en los que en holocausto al bien se hace mal colocando en la pira del deber á que se extinga un derecho ajeno que allanamos ó uno propio irrenunciable. Abraham, el cariñoso padre de las Escrituras disponiéndose á inmolar á su hijo

Isaac y Ramón Blasco pensando en el suicidio, estaban á la misma altura.

Entonces una inspiración le asaltó.—¿Vería Dios con buenos ojos el suicidio?—Vacilaba.

Tras la duda, al fin, resolvió. Probaría despeñarse, con lo cual si Dios no veía con buenos ojos su suicidio, plácidamente, protegido por la Providencia, caería en los abismos con vida, y seguiría viviendo.

El mendigo miró vagamente en derredor. Lejos, allá, vió unas montañas tajantes, recortadas en puntas que parecían herir el azul del cielo que se matizaba carmíneo; gruesos peñascos afilados que sugerían á la mente ideas de cataclismo.

Quiso llegar hasta allí á probar su sino, dando fin á su principio ó principio á un nuevo fin.

Avanzaba la noche, entraban las sombras en la tierra por el mismo sitio donde la luz venía. El pordiosero, trabajosamente, dando vueltas á la idea del suicidio, ascendía por la carretera en cuesta que bordeaba la montaña. De pronto paróse y pensó que allí estaba su tumba.

Dejó en el suelo el morralillo y la cayada y miró al fondo de la sima. ¡Horror, qué

altura! Sus ojos trágicos, inquisitivamente suicidas, se perdieron en el abismo del precipicio. Plateada la luna asomaba su faz risueña por entre las nubes, que en loca cabalgata corrían en el cielo.

A la claridad de la noche los ojos del pobre advirtieron en una piedra un bulto.

—¿Qué sería aquéllo.....?

La curiosidad se apoderó de Ramón Blasco y empezó á pensar cómo descendería á aquel sitio para satisfacerla. No era el vértigo de la altura el que le llamaba, era el vértigo de la satisfacción. Y como la curiosidad es más fácil de satisfacer que el apetito, salvando breñales y riscos descendió por el precipicio.

Ya cerca del bulto divisó una cosa horrible. No pudo menos de pararse. Era uno que se había suicidado.

Veía bien; todas las señales eran evidentes. El pelo en desorden, la dejadez plácida y descansada del cuerpo, los pies separados, la cabeza inclinada al lado izquierdo..... El suicida, á juzgar por el traje, que es por lo único que se puede juzgar á los suicidas desconocidos, parecía una persona decente, atildada, con lustrosas botas de charol y las manos enguantadas, cru-

zando el pecho, que cubría un chaleco blanco, sobre el que relucía la cadena del reloj.

—Y ¿porqué se habrá suicidado este hombre?—Se le ocurrió preguntarse á Ramón Blasco.

Y para contestarse, sobre las enhiestas piedras que parecían repeler á uno, pensó un rato filosóficamente el pordiosero, hasta que al fin se dijo:

—¡Estaría despechado! ¡Contrariedades amorosas! ¡Misterios económicos! ¡El juego! ¡Por la novia....! Si; aunque fuese por la novia sería un juego. Los hombres siempre juegan y menos mal si se juegan á sí mismos y no son como aquel príncipe ruso Yudhichthira, ó indio, que para el caso es igual, que perdió sus estados, cuatro hermanos y la mujer..... Este suicida se ha perdido á sí solo. ¡No es mucho perder! ¿Habrá sido por amor? Los enamorados llevan su romanticismo en la vida hasta la muerte; es aplastante su espiritualidad. La ilusión de amar y de ser amado alivio á las penas de la vida, engendra los mayores dislates..... Pero éste si es un suicida enamorado no pertenece á la aristocracia; el amor es cosa de burgueses. Mejor dicho, es cosa de lo-

cos. ¡Amar en estos tiempos.....! Pobre Yahuar Smacc, al fin caíste; antes que tú cayó la amada, que por algo la mujer es más frágil que el hombre. Ya estás vengada Cancchacc..... Y con vosotros se han ido las sombras generosas y abnegadas, los recuerdos de la grandeza humana..... Ya no hay Amor en el mundo.

Y desconfiado añadió:—No, pero no habrá sido por amor. Este no es el último romántico.—Y siguieron desfilando por la mente de Ramón Blasco las mil causas que pudieran justificar el suicidio de aquel sér que él en vida hubiera juzgado dichoso.

—¡Quién sabe por qué sería!

Coordinando juicios y buscando relaciones su inteligencia resolvió la situación con una idea luminosa.

—Debo vivir. Dios lo quiere, anunciándome por medio de lo que veo que si me despeño me desampara. Somos así y necesitamos escarmiento en cabeza ajena. ¿No fué preciso para encontrar el cuerpo de San Esteban que á Luciano se le presentara una noche Gamaliel diciéndole que aquellos huesos eran los del Santo, si no el Santo se queda sin huesos? ¡Ah, no me suicido! Y en efecto, no se suicidaba.

Misticamente silencioso, recogido en sí mismo, se arrodilló, orando por el alma de aquel sér que descreído había puesto fin á su vida.

Embelesado, abstraído en la oración, estuvo un rato. Los ojos se le nublaron, en tanto que por el cuerpo, tranquilo como indiferente á la fragelación y á la tortura, le corría un gozo inefable, sentía una alegría desconocida, un placer exquisito.

En medio de la inmensidad de la atmósfera veíase sólo, abandonado en la quietud que aterraba de la tierra solitaria, perdido, bañándose su espíritu en la música de acordes torbas, plañideras cítaras y de instrumentos armoniosos que envolvían su éxtasis y paralizaban su corazón sin dar tiempo á su cabeza á coordinar las ideas. Hallábase transpuesto y transfigurado. Levantaba los brazos y se hacía la ilusión de tocar el cielo, teniendo las rodillas en la tierra. Como los oídos, sus ojos daban fuerza al éxtasis, amortiguando la llama viva de la incredulidad de antes; veía, veía algo sin podérselo representar, al mismo tiempo que hasta él llegaba una voz que le exhortaba á vivir.

*No desfallezcas. Corre á la vida. No eres*

*inútil. Los inútiles, son los que se suicidan.*

Y su fe ciega que en todo adivinaba el dedo Providente, llegó entonces á creer hasta en la utilidad de la visión de un suicida cuando alguien va á suicidarse.

Había recibido una gran lección. No hay nada como ver para creer. Y diciendo:—Tu voluntad Señor, es la que cumplo.—Salió del éxtasis; recogió el morral y el palo y empezó de nuevo á caminar.

Pocos pasos llevaba dados cuando sintió deseos de registrar el cadáver. Mas enseguida abandonó esta idea, creyendo sería como en efecto era una tentación del espíritu malo.

Para justificarse á los ojos del Altísimo aún quiso volver.

—¿Usaría camisa el suicida?

Pero siguió adelante.







### Taumaturgia santificante.

**R**AMÓN Blasco empezaba á ser otro después de su intento de suicidio.

La fe le había salvado sosteniéndole la esperanza; pero no comía, sintiéndose desfallecer continuamente en medio del abandono.

Su espíritu soñaba grandes empresas, pero las ideas fracasaban, porque los hombres no creían en nada.

—¿Qué hacer? ¡buen Dios! No me cabe duda de que soy necesario en el mundo; aunque los hombres no reconozcan mi necesidad. Pero..... ¡bah!; después de todo la necesidad de los hombres es tan relativa como los hombres mismos. Para éstos los primeros son los primeros; para Cristo, los últimos son los primeros. Y, ¡cuando no nos pone de acuerdo.....!

Habían ya pasado algunas semanas de aquel suceso y el pordiosero seguía errante por las carreteras.

Bien entrada la noche llegó un día á un pueblo mísero, de gentes al parecer sencillas y honradas que vivían en casas terrosas, sin grandes comodidades y sin anhelos grandes.

Al atravesar el pueblo, un vaho sedante de tranquilidad y dicha llegó hasta él. No le cabía duda que los naturales se desenvolvían en paz afortunada.

Animoso llamó con el puño en una puerta, que crugiente se abrió, dejando ver la figura de una vieja.

—A la paz de Dios—dijo ésta.

—Que El sea con vosotros—contestó el mendigo.— Por esta noche y en obsequio á San Ivón, ¿podéis albergarme, hermana?

Aunque la anciana desconocía la existencia de tal Santo, la cita hizo fuerza en su voluntad y abrió de par en par la puerta, á la vez que decía:—Pase el pobre, que un puñado de pajas no han de faltarle.....

Y adelantándose Ramón Blasco sin dejar continuar á la caritativa vieja, entró zaguán adentro.

En la cocina la lumbre en su apogeo, fu-

riosa y crepitante ardía en la chimenea de baja campana, entretejida interiormente por haces de morcillas y embutidos que rezumaban un líquido grasiento que de vez en vez al caer sobre el fuego daba á la atmósfera un olor de aceite, pegajoso y molesto.

Al aire los brazos, que dejaba el corpiño ceñido al cuerpo, la anciana junto al fuego aviaba el yantar. Blasco rendido, de pie, con reverencia la dirigía frases de agradecimiento, palabras de elogio encomiásticas para el corazón bondadoso y hospitalario.

Una vez hecha la cena, la vieja invitó al pordiosero y comieron juntos.

Blasco hablaba de su fe, de sus Santos y de su vida, enlazando su existencia con la de los demás hombres.

Embelesada la vieja atendía aquellas historias sin interrumpir al pordiosero, que procuraba comer y hablar.

Terminada la cena, Ramón, como un gran taumaturgo, con recortes de vidas de Santos y hazañas de caza, refirió á la vieja su historia; una historia novelesca adobada con sentimentalismos de efecto, recuerdos de lecturas, esfuerzos de imaginación, añoranzas de tiempos conventuales, su vida sintetizada, que era las vidas de algunos Santos.

«Vivía yo en el Archipiélago de las Cícladas en la Isla Altimilos, hace veinte años, sin otra compañía que la de ciervos y animales silvestres. Ocupaba sus grutas, unas grutas naturales, magníficas. Dedicado al recogimiento, aislado del mundo, ofrecía mi existencia á mi Dios. Una mano piadosa había construído en esta Isla una Iglesia dedicada á la Santísima Virgen. Allí oraba.

»Todos los años arribaba á mi retiro una partida de cazadores de Eubea. Yo más de una vez oí el sonar de sus trompas y clarines, las voces de los halconeros, los aullidos de las jaurías y los gritos de algazara de los cazadores..... Me recogía escondido en mi retiro. Temía á aquellas gentes y me temía á mí mismo. A distancia, mi larga cabellera flotante y las pieles de la túnica que de cerca me daban aspecto angélico y celestial, podían confundirme y perderme.

»Durante cuatro ó cinco años arribaron los cazadores, y después de consumir las viandas y de agotar las provisiones de caza regresaban á su país, ignorantes de que en la Isla había un ser humano.

»Un año, hermana, el viaje de los cazadores fué extemporáneo; llegaron á Altimi-

los cuando yo no los esperaba. Orando me sorprendieron, los pies descalzos, cubierto el cuerpo con mi túnica de animales muertos, sobre la que caía en maraña mi cabellera fuerte. Acostumbrado al ruido y á las carreras de los ciervos, hasta que á mí llegaron no me dí cuenta de que eran ellos. Al verlos enmudecí y mi semblante palideció. Absortos, extáticos, no sabían tampoco qué decirme.

»Después de un rato de contemplación recíproca, pude saludarles; ellos correspondieron, y aunque en distinta lengua nuestras palabras, que llegaban á los oídos como articulaciones desconocidas, con fidelidad milagrosamente las entendíamos.

»Un cazador suplicóme les dijese mi nombre, mi patria, si estaba solo en aquella isla, quiénes eran mis padres, y en fin, toda mi vida.

»No os puedo dar razón—contesté—de mi patria, porque mi patria es el mundo; de mi nombre, porque lo ignoro yo mismo; de mi familia, porque sería en balde, no la conocéis vosotros; y en cuanto á las demás cosas, todo lo que hay sobre la faz de la tierra es nada para mí, puesto que de nada me valgo y nada de lo que con el tiempo

pasa merece mi atención. Del Señor soy siervo, Dios es mi padre y á Cristo sirvo...

»Al decir esto, un cazador me interrumpió, diciendo á sus compañeros: Es un filósofo. Egomista, contestó otro. No, Baquionita, saltó un tercero. Y hubo un cuarto que quiso darme un tiro.

»No supe más que decir: ¿qué váis á hacer?—No; el que debe hacer algo eres tú—me interrumpió un cazador. Soy un pobre desamparado, toda mi grandeza ya veis en qué consiste. Y al oír esto los cazadores, la mayor parte empezaron á aclamarme, rogándome que les declarase lo que entre Dios y yo pasaba.

»No soy digno, repliqué, de distinciones extraordinarias por parte de mi Dios. Soy un pecador y retireme á esta soledad á llorar los pecados, los míos y los de otros que nunca faltan, no pensando jamás en revelaciones celestiales. Y aquí vivo libre de preocupaciones, sin mixtificar la grandeza de las cosas, sin adulterar su esencia, dedicándome á la oración, que es el trabajo práctico de los que nacimos para no ocuparnos de otra cosa y no tenemos por qué ocuparnos de nada.

»Después de dicho esto, los cazadores

me hicieron sentar sobre la verde yerba, y el silencio de paz que teníamos era roto por el hilo de agua clarísima que á pocos pasos de nosotros manaba. Sobre la mullida alfombra que la Naturaleza nos tendía conversamos un rato; con candor y con agrado me interrogaban dulcemente. Yo procuraba esquivar las curiosidades con evasivas; unas veces contestaba que sí y otras que no. Y viendo que mi mutismo no podía romperse, uno de los forasteros, pensando maravillarse á sus compañeros, empezó á referir el siguiente sucedido que á él mismo pasó en una excursión de caza:

»Salíamos todos los años de Eubea, hace cuatro lustros, ocho ó diez amigos en busca de alivio para el espíritu cansado en la ciudad, y nos refugiábamos en el campo, un campo virgen de una Isla bella, también como ésta deshabitada. Una tarde, siguiendo en loca carrera la huída desenfrenada de un animal perseguido me separé de mis compañeros; iba el día vencido y la noche entraba. Despeado de lo inútil de mi esfuerzo abandoné la pieza y empecé á vagar sin rumbo. Fija la vista en el suelo pensaba en mis compañeros de cacería. Llegué á un sitio en que había un poco de agua en un

hoyo, y en él, como colocadas por expertas manos, se estaban remojando unas lentejas. El rústico alimento me hizo pensar en la existencia de algún ser humano en medio de aquel desierto. Agitado por el deseo de conocer á quien en aquella soledad viviese me separé un tanto del hoyo en que las lentejas estaban.

>Pasó un rato. Ya la noche reinaba en el erial; á lo lejos sentí un vago rumor de pasos que avanzaban y un olor á carne humana virgen que, penetrante, llegaba á mi olfato. Miré en derredor y á distancia divisé una sombra. No sabía qué hacer; pero resuelto al fin me fuí á su encuentro.

>—No avances más—dijo imperiosa la sombra— detente, hombre, no pases adelante. Soy una mujer, mujer virgen, estoy desnuda y no quiero ser vista en este estado.

>Se me erizaron los cabellos, el terror me sobrecogió y perdí casi del todo el conocimiento. Pero vuelto en mí, atrevíme á preguntarle: Mujer ó Angel, dime: ¿quién eres y cómo te hallas en este desierto?

>Y la sombra tras un rato de mutismo, respondió: Arrójame tu capa y en cubriéndome sabrás lo que Dios quiere que sepas.



»A las mujeres, desnudas es como se os puede ver, es como me gusta veros; avanza y no te inmutes. Al fin y al cabo, estoy sólo.

»Volvió á hablar la sombra con voz ruborosa y altiva. El hombre peca aun con el pensamiento, y tú, hombre, estás pecando; arrójame tu capa, te repito, si quieres que te revele quién soy.

»No tengo capa, contestó el cazador, y lo siento. Si quieres, puedo despojarme de las vestiduras y bríndarte mis ropas, ó los dos desnudos hablaremos.....

»La sombra no dejó continuar al viajero, diciéndole: Sígueme; tras aquella peña, uno de un lado y otro de otro, hablaremos.

»Echó á andar el cazador tras la sombra y al fin llegaron á la peña. Teniendo el obstáculo por medio, el cazador—según sus palabras—á punto estuvo de desmayarse; veía frente á sí, una mujer ya en el ocaso de la vida; blancos los cabellos, la piel rugosa, denegrada por los ardores del sol y la inclemencia de los días y que apenas cubría sus descarnados huesos. Una mujer esqueletizada, á la cual el soplo espiritual era lo que la hacía vivir.

»Estremecido, con gran arrepentimien-

to, rogóle que le alargase las manos para depositar en ellas un casto beso sin fuego de pasión, sin carnal deseo; un beso de paz ajeno de lujuria; beso de olvido y de perdón al grito de la bestia de antes.

»Te perdono, hombre, dijo la mujer-sombra.

»Alentado ya un tanto el cazador, con reverencia le pidió su bendición.

»Ella entonces volvió el rostro hacia Oriente, levantó sus manos descarnadas al cielo y mirando por último al cazador, tras algunas palabras incoherentes, le bendijo, diciendo: Hombre, Dios te haga misericordia; ¿quién te ha traído aquí? ¿A qué has venido á una Isla inhabitada.....? Pero ya que has venido no perderás el viaje.

»Dime tú, pues—agregó el cazador,—¿quién eres y cómo te hallas en este desierto? Más fácil es que los hombres vayamos donde haya mujeres, que vosotras á donde no hay hombres.

»Y al oír esto la sombra empezó su relación. Yo soy originaria de Lesbos, me llamo Marta. Y al llegar aquí, la sombra, el fantasma ó la mujer, lanzó un quejido—; me consagro á Dios, perdí á mis padres de pequeña, siendo entonces re-

cluida en un convento y salí de él á los diez y ocho años para ver á una hermana mía y pasar con ella las Pascuas; al hacer el viaje, los corsarios de Jandak, árabes de origen, arribaron un día á la aldea donde me encontraba de paso y entraron en ella por la noche, saqueándola y llevándose cautivos á todos los vecinos y á mí con ellos. Tocaron en esta Isla para repartirse el botín y yo logré huir escondiéndome entre unas zarzas, donde pasé algunos días sufriendo sustos y agudos dolores; y cubierta de sangre una mañana tuve el gran consuelo de ver que los piratas se hacían á la mar, librándome yo de sus manos. Fué un goce tan grande que no sentía los dolores de las heridas. Desde entonces, hace cuarenta y cinco años, vivo aquí, saboreando las delicias de la soledad, deleitándome con la ausencia del Bien Amado, alimentándome de las yerbas que nacen en el desierto, macerándome y rezando, consagrandome mi ser á mi Esposo, por quien vivo y á quien debo el aliento que me mueve, el espíritu que me anima, la fuerza que me obliga á vivir tras los desfallecimientos.

»Y al decir esto la mujer volvió á elevar

sus manos unidas al Cielo en acción de gracias por los favores recibidos.

»Absorto el hombre no sabía qué decir, y la Santa continuó:—Te he revelado mi vida, guarda secreto de ella y sólo te pido una gracia, tú que tantas podías hacerme, y es que vuelvas al año que viene siendo portador, altísimo emisario del precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, porque desde que aquí estoy no he merecido comer el Pan Celestial.

»Y al año siguiente volvió el cazador, separándose de sus compañeros, yendo en busca de la mujer. Iba provisto del encargo y llevaba una capa. Al ver la sombra, el hombre se postró de hinojos. Y ella, arrebatada, enloquecida, llorando amargamente, sin pensar en sus desnudeces, fué á él, cogiéndole por la prenda como la mujer de Phutiphar á José, á la vez que compungida le decía:—¿Qué haces, carísimo amigo? Recuerda que traes contigo el Pan, Divino don; levántate.

»Y él, obediente, sumiso, ruborizado ante lo escuálido de aquella forma humana, sacó de sus bolsillos una tabaquera lujosa, con incrustaciones de oro y nácar, en la que traía el alimento de los Angeles,

y juntamente con la capa se la entregó á Marta.

»La sombra se desvaneció; el cazador dirigía en todas direcciones sus ojos buscando con la vista lo que empezaba á creer había sido una ilusión de sus sentidos..... La sombra, la capa y la mujer con la tabaquera habían desaparecido.....

»Y al llegar á este punto, el cazador que refería la aventura fijó en mi humilde persona su mirada; todos embelesados por la relación, al terminar ésta me miraron también y tras un rato de silencio dijo el mismo que había contado la hazaña:—¿Será este filósofo la sombra y la mujer de mi sucedido?

—Yo, hermana, me encontraba perplejo, sin saber qué decir; ellos lo decían todo, mejor dicho, lo dijo uno que propuso el arrancarme de la Isla y traerme á sus países. Y sin querer, con ellos vine. Y ellos me abandonaron después; corriendo desde entonces las tierras y las ciudades, molestando á los hombres, de quienes no me acordaba; mendigando su Caridad y mi existencia, cuando vivía bien lejos de la vida y de los hombres caritativos.....

Y la vieja, que había callado hasta en-

tonces, barruntando las palabras que el pordiosero iba á pronunciar, dijo á Ramón Blasco, que fingidamente sollozaba:

—No se apure el hermano. Por hoy ya tiene lo que necesita; mañana, Dios dirá.

Y señalando un escaño cerca del hogar, donde podía pasar la noche el mendigo, salió la anciana de la cocina despidiéndose hasta el día próximo.





### Los sueños, sueños son.



**A**ÚN la lumbre ardía en la cocina. Del fuego que la vieja preparara quedaba un gran rescoldo.

Solo ya Ramón Blasco lió tabaco en un papel, y sentado á la vera del fogón, con los codos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia delante, fumaba con indiferencia burguesa.

No hacía frío, y sin embargo, el calor de los leños y maderas que se consumían no le molestaba. Era un estado de placidez tan grande el suyo que empezaba á pensar no podría dormir. El animal racional es así: cuando los malestares físicos no le mortifican le maltrata el pensamiento.

Solo ya, en la soledad de aquella cocina misérrima, el pordiosero alabábase á sí

mismo el buen corazón de la anciana caritativa.

—Aún hay buenas personas—decía Ramón Blasco—, aunque es claro que no precisamente en la clase alta. Pero ésta al fin—continuaba desdiciéndose—, tampoco es mala del todo. Si no da más espléndidamente es porque así lo requiere su existencia; al dar, se priva de lo que tiene para lustre, por una parte, y viene á hacer ascender al necesitado por otra, á equipararlo á ella misma..... Y entonces, ¡dioses desiguales!, asiento de la Sociedad, base del mundo, risueña aspiración de los que piden igualdad.

Las diez, monótonas y acompasadas, sonaron en el reloj vetusto del tranquilo pueblo. La diosa placidez extendía sus alas bienhechoras por la casa de la vieja en que todo parecía dormir; hasta el gato negro, negrísimo, cuyos ojos chispeantes llameaban cerca de la lumbre, se entregaba en brazos de Morfeo, del Morfeo de los animales.

La enervante temperatura de la habitación y la desusada comodidad hicieron rendir antes su cuerpo al pordiosero. Co-



locó éste sobre el escaño su morral de cabecera y se dispuso á dormir.

Entre sueños, el mendigo se justificaba que los hombres no le tratasen considerados.

—¿Para qué sirvo en el mundo? ¿Soy de utilidad por los países donde paso?..... Ni saben los hombres aprovecharse de mí—respondía—ni yo sé sacar á mis servicios el provecho suficiente. Soy un inútil. Pero, ¿seré de utilidad en algún sitio?

Y trabajando su espíritu sobre la idea de la utilidad, su cuerpo quedó rendido, descansando, en tanto que su alma volaba en alas del ensueño.

—Soy poco práctico, por eso mis trabajos no producen, ni mis desvelos se aprecian. El arte, lo ignoro. ¿Qué ciencia aplico? Soy un miserable, un vago, un estorbo en la Sociedad que sin producir consumo..... Un inútil.....

Ramón Blasco ni había leído á Malthus, ni conocía á Ricardo; pero, como un gran economista, vislumbraba entre sueños una gran mesa sobre la tierra y sentados á ella muchos hombres, tantos como puestos había; y de pie, en redor de ellos, gentes macilentas, desnutridas, escuálidas, que inca-

paces para disputar un sitio en la mesa, obedientes y sumisas alargaban de la tierra misma las viandas y de vez en vez, con imperiosa diligencia, excitadas por el instinto, sustraían un poco de alimento antes de presentarlo en el lugar donde se hallaban los preferidos por sus dotes, los que llegaban y debían vivir, los que trabajaban cuidando del trabajo de los demás, haciendo respetar la ley de existencia, aunada con la de propiedad, dos leyes divinas, que al ponerse en contacto con los hombres, se humanizan demasiado..... Y él, el pordiosero, no se veía en ninguno de los grupos; ni en la mesa, ni fuera de ella. Ni mandaba, ni obedecía. Estaba en sitio aparte de los que comen y ven comer, de los que sirven ó son servidos.....

—Hay que tener aspiraciones; mi vida descentrada no puede continuar así.—Y como rápida mutación cinematográfica, el mendigo pasó de la materia al espíritu. Soñaba místicamente Ramón Blasco.

Ahora veía á San Brandán y á San Maló en sus deliciosas excursiones á través de los mares, visitando la «Tierra prometida de los Santos y de los Bienaventurados», navegantes cándidos embarcados en un

buque de mimbres, revestido interiormente de pieles embadurnadas y curtidas, acompañados de diez y siete religiosos más. Y los veía á través de las bravas olas de las que era juguete el barco gallardo, avanzando hacia el Trópico; alegres, contentos y decidores que tocaban en una isla escarpada, de exuberante vegetación y surcada por infinidad de ríos, inhabitada, y donde eran recibidos con la más favorable hospitalidad. (?)

Los veía dejándose llevar á merced del capricho de las aguas y los vientos, tomando posesión de otra isla virgen, atravesada por riachuelos que alegraban peces de todos los colores y en cuyas márgenes, árboles seculares perdían su copa en el aire, y en la que pastaban innumerables rebaños de ovejas grandes como terneras.

Y Ramón Blasco adivinaba en tierra á San Brandán, á San Macuto y á los diez y siete acompañantes entregados á la árdua tarea de perseguir á las ovejas en busca de una blanca, que debía inmolarse el segundo día de Pascua, y era Sábado Santo. ¡Qué trabajo! El tamaño de las ovejas grandes como terneras, presentaba más campo á lo negro. Pero al fin Maló escogió una

oveja alba, sin mácula ni negrura, y con ella entusiasmados, cantando las excelencias del Señor, volvían al barco los diez y nueve navegantes, saliendo para una isla que se divisaba en lontananza, para hacer el sacrificio de la oveja.

Y navegaban cómodamente, favoreciéndoles el mar y el tiempo, pareciendo como si San Bernardo dirigiera el timón de la nave.

Llegaron á la isla y echaron pié á tierra. Era aquella una isla rara; sin costas, sin playas, sin ribazos, sin árboles, sin vegetación y sin fauna. Estaban en el día segundo de Pascua, y había que asar el cordero en sacrificio. Valiéndose de un pedernal, un Santo hizo fuego, comenzando á arder la pira destinada al sacrificio.

¡Qué asombro, Santo Dios! Ramón Blasco lo veía. El islote empezaba á moverse; pausadamente primero; después, ya se agitaba convulsivo y los diez y nueve monjes alocados corrían de un lado para otro, temiendo un cataclismo. Con voces de espanto gritaban desaforados: ¡Misericordia, Señor! ¡Señor, misericordia!; hasta que la palabra de San Brandán y el consejo de San Maló en tanto que encomendaban men-

talmente el espíritu en las manos del Salvador, se dejaron oír, transmitiendo tranquilidad á los monjes ante el riesgo y señalando el sitio en que el bote quedó abandonado.

Una vez en el barco, los viajeros de rodillas dieron gracias á la Providencia que les había salvado; en tanto que San Brandán, imaginativo, trataba de explicarse las causas de aquel suceso insólito, procurando infundir ánimos á los sobrecogidos nautas. Manifestándoles por último que lo que habían tomado por un islote sólido, era una ballena. Ramón Blasco oía la beatífica palabra de San Brandán, que hasta él llegaba.

Y los navegantes asintiendo todos á lo manifestado por San Brandán, observaban al monstruo que á juzgar por el tamaño debió de ser el que tragó á Jonás, que á un costado de la embarcación huía, produciendo tempestad y marejada en las aguas, gallardo, ostentando sobre sus lomos la hoguera, pira sagrada, que daba al aire humo, calor á la ballena y fé á los navegantes á cuya luz divisaron en la noche sin estrellas otra tierra de flora extraordinaria y á la que se acercaron sintiendo, en la paz serena de la noche, los trinos y los gorjeos de pájaros

fantásticos que graciosamente coreaban el romper trágico de las olas tempestuosas sobre los acantilados de las costas.

Era aquella Isla el «Paraíso de los Pájaros.» Poco tiempo estuvieron en ella los monjes; enseguida la abandonaron y sin rumbo, á merced de los elementos, varios meses San Brandán, San Maló y los diez y siete intrépidos Santos anduvieron por el mar, hasta que un día la casualidad les hizo tocar en una Isla habitada por cenobitas bajo el patronato de San Ailbeo y San Patricio el Apóstol de Irlanda, hijo del Decurión Calpurnio y de Concesa, la ilustre señora que á falta de títulos profanos era esposa de su marido y sobrina de San Martín de Tours. Allí se había retirado San Patricio porque le fué cerrada su caverna en la islita del lago Dearg, en Ultonia, para evitar la maledicencia de las gentes desocupadas que no veían con buenos ojos la frecuencia con que el Santo se retiraba á ella para entregarse con libertad á los ejercicios de la contemplación y á practicar los rigores penitentes de la austeridad.

Hicieron la Pascua de Natividad los navegantes con los cenobitas, embarcándose después de la Octava de la Epifania y sien-

do despedidos cordialísimamente por los habitantes de la Isla.

Ramón Blasco veía los transportes de alegría con que eran despedidos San Brandán y sus acompañantes por los cenobitas.....

El sueño del pordiosero había durado dos horas y los navegantes habían corrido un año por el mar; empezando durante otros seis las mismas deliciosísimas excursiones; encontrándose siempre por la Pascua en la Isla de San Patricio y San Ailbeo, por Semana Santa en la de los Carneros, por Resurrección sobre el lomo de la Ballena y en Pentecostés en el Paraíso de los Pájaros.

En el séptimo año, veía el pordiosero soñador á San Brandán y á sus compañeros que atravesaban grandes crisis y tremendas calamidades.

Estuvieron á punto de ser atacados; primero, por una ballena; después, por un grifo, y más tarde por cíclopes.

Perseguida la ballena encalló sobre una Isla, justo castigo del cielo; supieron darle muerte y la despedazaron.

El grifo, huyó á tiempo; Apolo Hiperbóreo, el dios de la luz dorada veló por su

vida, como el grifo velaba por el oro que creía venían los Santos á disputarle.

Los cíclopes, animales míticos, salvajes, gigantescos y temibles, con sus voces es-tentóreas pusieron en guardia á los Santos que así se libraron de ellos y de las piedras descomunales que lanzaban, salpicando el agua que venía á mojar la embarcación.

Después de estos acontecimientos y de recoger los restos de la ballena, veía Ramón Blasco á San Brandán y á los diez y ocho Santos en una Isla muy llana que producía grandes frutas rojas como granadas descomunales y habitada por una población titulada de los *Hombres Fuertes*. Las mujeres eran allí enclenques y débiles, como en todos los sitios. Vendieron los monjes el aceite de la ballena é introdujeron los corsés en la población, teniendo que pasar enseguida por la indignación que esto produjo á los *Hombres Fuertes*, á otra Isla de ambiente embalsamado por el olor de unos frutos en forma de racimos, cuyo peso doblegaba los árboles que los producían.

Entre sueños vislumbraba el mendigo la embarcación de los Santos en medio de las aguas voraginosas. Ahora veía el bote á la luz de fuego de un volcán que vomitaba



llamas situado en una Isla de la que San Brandán decía, por decir algo, que era el Infierno.

Los divisaba virando hacia el Este y desembarcando en una pequeña tierra redonda, falta de vegetación y habitada sólo por un ermitaño llamado Aristóteles, que á no poder ofrecerles alimento, los acogía paternalmente. Arrasados en lágrimas los ojos, á la vista del pordiosero durmiente y soñador se despedía Aristóteles de los navegantes, diciendo al ermitaño San Brandán:—Hermano; vuestra sociabilidad me asombra; vamos contentísimos de vuestra acogida y sólo nos apena el dejaros sin casa y sin alimento. Pero no tengais cuidado, que todo os sobraré.—Y, con gran esplendidez, continuaba:—Tomad en cambio mi bendición.

—Yo también os doy la mía—dijo por toda respuesta Aristóteles.

Y durante cuarenta días, á la luz de una claridad celestial navegaron con mar bonancible, alegres, entusiasmados, cantando salmos de gracias al Señor..... Tras la luz vino la penumbra y tras la penumbra una oscuridad absoluta. Y aquella oscuridad imperaba en la Isla de los Santos, que se

alumbran en ella por la luz de la aureola que circunda sus cabezas.

Pasaron San Brandán y sus compañeros la zona de oscuridad de la Isla de los Santos y se encontraron en plena luz en la playa de una Isla indescriptible, porque nadie la ha visto. Tomaron posesión de ella en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y la dieron el nombre del Abad. ¡Qué bien veía Ramón Blasco entre sueños la Isla! ¡Oh prodigio!; el suelo estaba empedrado con preciosos cristales; brillantes, amatistas, turquesas, zafiros..... ¡Qué espectáculo por la noche! Pero en vano aguardaron San Brandán, San Maló y los otros diez y siete más porque un día sin término imperaba en la Isla. En ella, como en los dominios españoles en tiempos de Felipe II, no se ponía el sol.

Durante un gran tiempo la estuvieron recorriendo sin encontrarla el fin. Internándose, llegaron á la márgen de un río anchuroso é invadeable. A pié enjuto San Brandán se disponía á atravesarlo, cuando vió Ramón Blasco surgir de las aguas del mismo un Angel que decía:

«Brandán, Brandán, detente; no des un paso más. Retorna y lleva los frutos y pie-

dras preciosas que quieras, pero no pases el río, que en aquella orilla está la tierra y las joyas que Dios reserva á sus Santos, á los Bienaventurados que en Él creen, para después de esta vida.»

Obediente y sumiso, sin alegar una palabra, San Brandán, al frente de sus monjes volvióse en busca de la nave abandonada. Llenáronla de piedras preciosas y frutas y directamente partieron para Irlanda.

. . . . .

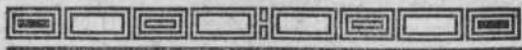
Sobresaltado despertó Ramón Blasco; desmerezándose, incorporóse en el escaño y pasando las manos por sus ojos trataba de cerciorarse si en efecto había despertado ó seguía dormido.

¿Qué había soñado? Lo ignoraba y esto venía á torturarle. Procuraba el pordiosero recoger los girones de su imaginación y reconstruir las escenas del sueño, cuando el reloj del pueblo, imponiéndose al silencio de la noche, grave, sonando dos veces, volvióle á la realidad con la bárbara impasibilidad del tiempo.

Eran la dos de la madrugada.....







### Jugar con fuego.

**E**s pronto.—Dijo el pordiosero al oír dar las dos, midiendo el tiempo por el apremio de sus quehaceres.

Y viendo que no podía recordar la pesadilla, Ramón Blasco de nuevo se disponía á descansar tranquilamente hasta que la vieja viniera á despertarle.

Volvió á echarse. Al momento su cuerpo descansaba mientras su espíritu inquieto y tormentoso, influenciado por las lecturas, empezaba á soñar otra vez.

Los sueños son cosas anómalas para todo el mundo, menos para el durmiente que sueña. El mendigo sentíase vivir en la realidad soñando.

La casa en que le habían cobijado, era una inmensa hoguera, el domicilio de la infeliz vieja que le había dado asilo se con-

sumía por los cuatro costados. El pordio-  
sero sentía chisporrotear las maderas de los  
techos que crujientes se derrumbaban, y  
veía que eran pasto de las llamas los pocos  
enferos que constituían la propiedad de la  
anciana; siendo infructuosos los trabajos  
del pueblo en masa que con diligencia ha-  
bía acudido al siniestro y denodadamente  
batía al fuego con agua y picazos para aca-  
bar pronto con la destrucción.

Mas todo era baldío. El voraz elemento  
se enseñoreaba de la vivienda; lo veía bien  
Ramón Blasco. Y él, envuelto en las lla-  
mas notaba que ascendía sobreponiéndose  
al incendio que á todo amenazaba y con  
todo concluía menos con su lecho fluctuan-  
te sobre las aceradas puntas de fuego que  
subían y bajaban.

Se acordaba Blasco de aquel Santo que  
cuando niño paseando una tarde con sus  
condiscípulos por la orilla del mar, mien-  
tras los demás jugaban, él sentóse y se que-  
dó dormido sin que ninguno lo advirtiera,  
empezando entonces á subir la marea tanto,  
que subió todo el dilatado espacio de la  
playa, cercando por todas partes al niño y  
levantando sobre las ondas el verde lecho  
en que sosegadamente descansaba aban-

donado al cuidado de la Providencia. Y así pasó la noche. Amanecía, y el Abad del Colegio, otro Santo, apresurado corrió á la orilla del mar creyendo sepultado al joven entre las olas pérfidas. Loco de dolor, transido, gritaba el Abad llamando al Santo, perdiéndose sus desconsoladas voces mar adentro sin obtener respuesta.

Pero lo inquieto del amor—dicen los panegiristas—que no se satisface con una sola prueba, prueba tan inestable como la de las palabras, movió al Abad á seguir la marea que se retiraba. Y así, avanzando tras las aguas, dejando el Santo impresas las huellas de sus pies descalzos sobre las arenas húmedas, empezó á gritar: ¡Milagro! ¡Milagro!

Los ojos del Abad se turbaron viendo á su querido hijo sobre las aguas, de rodillas en el verde catre de algas y plantas acuáticas, cantando las excelencias del Señor en aquel bajel milagroso... Blasco, recordaba esto que había leído en un piadoso libro y sentía vivamente con una realidad de la que no podía dudar lo que á él pasaba ahora. Veíase en medio de las llamas sobreponiéndose á ellas, á cielo raso, y ante aquello, su ánimo empezaba á sentir deseos vehemen-

tes de imprimir movimiento al cuerpo sosegado y echar á correr. Mas la fe, la fe que no tenía en la tierra, ni en las cosas de los hombres, manteniale firme en el aire.

Sólo lo sentía por la vieja piadosa. ¡Qué lástima de anciana! Sin casa, sin hogar, destruida su hacienda, moriría á la intemperie. Tendría que mendigar la vida, lo más denigrante que en concepto de un pobre puede mendigarse. ¡Pedir una limosna! (?)

—¡Santo Dios!—gritó Ramón Blasco.—Haced que vuestra magnífica misericordia venga á refrigerar los caldeados maderos que hechos ascuas se hacen cenizas.

Y en un arranque de caridad hacia la buena vieja, con el que pagaba su esplendor de una noche, mentalmente, Ramón Blasco arrodillado en el lecho aéreo, suplicó á los Santos é invocó á las Santas, llegando á llorar. Pero todo era inútil; nada conseguía.

El pordiosero había agotado sus recursos. Los vecinos continuaban arrojando agua sobre el fuego y se valían de sus picazos para aislar el siniestro. Todo era en balde. La casa en ruinas venía á ser pasto de las llamas, de unas llamas secas, desiguales, sin humo; que despedían chispas



que en la tranquilidad de la noche ascendían á través de la atmósfera con luz brillante, que se extinguía dejando no más que morcellas; residuos negros, tan negros como el desencanto de una ilusión rosada, como dicen que son las ilusiones, que al convertirse en realidades, todos los alientos los cambian por el excepticismo, todos los calores los enfrían llevando al ánimo entusiasta y alegre la pena de la vida, de esta vida en que todos los días nos quemamos ó nos queman á alguien sin que de nadie quede nada.....

En un raptó de convicción, el mendigo persuadido levantóse del lecho y de pie sobre el fuego, le habló de esta manera:

—Hermano fuego; tu Padre Dios, hízote eficaz y hermoso y provechoso entre todas las cosas, igual que á nuestra hermana el agua. Sé blando y sé cortés y yo en nombre del gran Señor que te crió te ruego que te retires. Él manda y á Él obedeces. Ya no son los hombres.....

Y antes de terminar sus palabras el mendigo, convencido el fuego del anatema que sobre él iba á pesar, retiróse, terminando el desastre.

Blasco veía al pueblo en masa que can-

sado por los auxilios que acababa de prestar, se recogía silencioso.

El día empezaba á clarear; miró al cielo Ramón Blasco; allá por Oriente gasas níveas y azuladas se iluminaban purpúreas. Iban perdiéndose las estrellas en el cielo con la luz que avanzaba, como refractarias á mirar á los humanos cuando éstos viven.

Entonces, para él solo vista, atravesó la bóveda celeste en las cuatro direcciones, una masa cristalina como el ámbar y de redonda forma. Al pasar sobre su cabeza paróse, y abriéndose al medio, salió de ella un Angel que le dijo:

«Ramón, Ramón: has perdido la Fé en los hombres; no se ha salvado en ti la Caridad de ellos. Ten Esperanza en la tierra. Busca el medio de halagar y servir á tus semejantes. Refúgiate donde seas necesario.»

**«Sé útil.»**

Sobrecogido y temeroso Blasco hallábase perplejo y después de un gran rato de dudas y de vacilaciones en que el Angel parecía también suspenso, se atrevió á preguntar:

—¿Y adónde ir?

La pregunta pareció desconcertar al An-

gel que aun sin tiempo para contestar, intuitivamente falló.

—Ramón; vé al Archipiélago de Santa Cruz en la Melanesia y procura á aquellos hombres hacer leve su paso por el planeta, preparándolos para esta vida de contemplaciones en ese tragín de luchas, para las dulzuras de esta vida en el tráfigo de esos sinsabores. Llévales la alegría del mundo viejo en que vives y la cultura de esa civilización á ellos que son jóvenes y bárbaros. Enséñales la verdad que sabéis vosotros. Inicialos en el bien de la vida, de esa vida que no vivís más que los hombres, para diferenciaros de los brutos.....

La sentencia filosófica llegó clara y terminante á los oídos del mendigo.

El Angel con gravedad recogióse en el globo cristalino. Y la masa transparente como el ámbar, de nuevo recorrió el espacio, perdiéndose entre las nubes.

El soñador entonces, despertó sobresaltado.







### En pos de la dicha.



MEDROSO el pordiosero, recordaba todo lo que le había pasado. Era un sueño que no debía olvidar. ¡Ah! ¿Quién dudar puede la realidad de los sueños?

Los Santos milenarios, los pueblos antiguos y las civilizaciones medias les dieron una gran importancia.

Un sueño es un enigma siempre, y un enigma es el escudo tras el que la verdad se ampara.

Noches largas de endriagos fascinantes, eternas noches en que la mente se tortura, noches sin fin que ajetreáis al cuerpo, ¿qué tenéis, qué sois, qué representáis? Noches de alucinación que al pacífico maltratan y al malvado dan aliento..... Algo hay en

vosotras. Jugáis con el hombre, con su espíritu, y en las tranquilidades del reposo levantáis una tempestad, movéis una vida, sois una palanca, tenéis fuerza. ¿Quién negar puede la energía de un sueño? ¿Qué hombre no es un soñador.....?

El mendigo recordaba la palabra del Angel, y quería cumplir sus deseos.

¿Mas cómo ir al Archipiélago de Santa Cruz?

Si contaba el sueño, le tomarían por loco. Para los hombres, siempre los soñadores son locos, y los locos, locos á secas. Mejor sería guardar el secreto y procurar reunir lo suficiente para el viaje.

Antes de que la anciana se levantara, Blasco quería abandonar la casa. Sigilosamente se levantó del escaño, y recogió su palo y su morral, y bendiciendo la cocina, escenario de sus bienandanzas, y la vivienda toda de la anciana cariñosa, se dispuso á salir al campo.

Al echar á andar, se acordó del rencor que guardaría la vieja hacia su persona y hacia su clase por la huída.

—¿Sería rencorosa?

Y por último se dijo:

—No; las almas grandes olvidan pronto con sus beneficios el mal pago que á ellos se haga. Hacer el bien por el bien mismo es lo grande, porque al fin los hombres siempre somos pequeños..... El rencor sólo anida en pechos bajos y en corazones ruines. Es la carcoma de las existencias atormentadas, de las almas irreligiosas, que no pueden buscar refugio á los desagradecimientos en la fortaleza de la filosofía, y así hallan el paliativo en la ira que los corroe, en el mal que reparten, sin parar mientes en que hay un Sér Supremo que preside nuestros actos, y que viejo ya, sin achaques, con la experiencia de los años, selecciona á los seres, dándoles á la postre su premio justo ó su merecido castigo, pensando mucho en sus juicios y en sus decisiones los hechos consumados, de una justicia que llaman Catalana por mal nombre..... La vieja no puede ser rencorosa..... Mas á pretexto de que la falta algo, puede mandar prenderme si me voy sin decirle adiós.

Y completamente persuadido, añadió:

—Peor para ella. Si tal hace, á los ojos del Dios de los cristianos, ¡perdería poco!

Y resueltas todas las objeciones que á sí mismo se hacía Ramón Blasco, procurando pisar suavemente llegó hasta la puerta de la casa con sigilo, y sin hacer ruido describió los cerrojos.

Al verse en la calle libre, cerró con el mismo cuidado. Estando ya en disposición de cumplir lo mandado por el Angel.

Sin rumbo, empezó de nuevo á andar pensando que sin prisas, con el tiempo, llegaría á algún puerto de mar donde embarcarse para el Archipiélago de Santa Cruz.

Por Oriente se matizaban de sangre las nubes envolviéndose en la luz que anunciaba la salida del sol, en tanto que por Poniente se iban las sombras llevando entre sus cendales invisibles el impalpable misterio de la noche.....

Blasco ya se encontraba en la carretera siguiendo su camino. Pasó cerca de las tapias del cementerio. No pudo sustraerse á la curiosidad y volvió la cabeza para ver el pueblo, la necrópolis de los vivos. Ya estaba allá lejos, en una hondonada, sepultado, tranquilo, pobre, misérrimo, estúpido, envuelto en un vaho de sosiego y de quietud.....

Compasivo el mendigo en actitud santa



elevó la mano derecha á la altura de su frente y bendijo por última vez el pueblo.

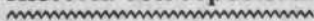
Y después, continuó adelante en pos de la dicha.







### Historia retrospectiva.



**E**L Archipiélago de Santa Cruz á que el Angel había mandado ir á Ramón Blasco, era un Archipiélago de la Melanesia en la Oceanía y que comprende siete Islas principales, que son: la de Santa Cruz ó Nitendi, Vanikoro, Tapua, Motinti, Tevaí, Guerta y Lord Howe juntamente con los grupos de Taumako y Matema.

La población de estas Islas, está formada por razas de polinesios y melanesios. En una de ellas hay un volcán en erupción siempre, y en casi todas, más aun en Vanikoro, los indígenas viven ó han vivido en completa anarquía, imperando, como en los países con Gobierno, la ley del más fuerte, sostenida por la fuerza, sin paradojas y no por la Justicia.

Los habitantes del Archipiélago de Santa

Cruz, son feroces; algunos misioneros podían patentizar esto. Tienen costumbres primitivas, salvajes.....

Eso dice un Manual geográfico, que es el Baedeker, consultado por Ramón Blasco; agregando á estas noticias, que ya ilustran bastante, otros datos que por tranquilidad deben leer aquéllos que piensan en el fin del mundo con sentimiento, sin fijarse que hay pueblos que aún viven en la infancia.

Entre los indígenas del Archipiélago, la poligamia, además de ser un bien, es una religión á la que, como cosa corriente, con libertad rinden fervor todos los hombres sin respeto á nada ni á nadie. El macho en vez de tener una esclava, tiene varias. ¡Triste destino en el mundo el de la hembra!

Los matrimonios se celebran con grandes ceremonias y de muchas formas—también hay varias formas de casarse en los países civilizados—: una de ellas consiste en acostarse el novio en una hamaca y la novia en otra situadas á corta distancia y paralelas entre sí. Después de hecho esto de sabor bárbaro y de gusto salvaje, los padres respectivos columpian á sus hijos contrayentes, y al acercarse ambas hamacas,

la novia se está quieta, si puede, en tanto que el varón salta al lado de la hembra. Y retirándose las familias dejan sola á la pareja, dando el acto por terminado. La barbarie de los habitantes de estas Islas, no llega al punto de ignorar cuando empieza, como se ve en este hecho, hecho peregrino para los unidos con indisoluble lazo en los países cultos.

No conocen la pernada, prelibación ó *marquetta* y no tiene nada de particular; el Derecho, *sol de la Humanidad*, que decía Platón, como las demás ramas de la actividad humana, se halla en estado rudimentario, y de esta suerte se calientan los esposos mutuamente y el *jus primae noctis* le corresponde por deber ó por obligación al marido.

La castidad de las mujeres, su pudor, no es muy exagerado. Las jovencitas cuando ven á distancia un barco, dan gritos de lujuria para atraer á los marineros, voces de deseo á las que acompañan acciones y actos deshonestos y torpes. Levántanse sobre las puntas de los pies y enarcan el cuerpo poniendo eréctiles los senos, senos turgentes y de gran atracción, y en seguida se arrojan al mar en busca de hombres. Lle-

gan á los barcos y bailan danzas livianas y pornográficas, licenciosas y sicalípticas, como el *hula-hula*.

¡Perniciosa costumbre! con la que acabaron los misioneros, declarando *tapu* al mar, es decir, lugar sagrado. Y desde entonces las jóvenes respetaron el *tapu* no profanando las aguas y esperando en la playa al forastero.

En vista de la ineficacia de estas disposiciones, se amplió el *tapu* con gran acierto á la misma mujer, no sin gran protesta de la gente de mar de los países civilizados, que solía refocilarse en estas Islas cuando pasaban cerca de ellas y las mujeres nadando se acercaban á los barcos.

El arte siéntenlo estos salvajes con la misma intensidad que los hombres cultos; dígalo su baile el *maelufolla* de hombres solos, en el que toman parte noventa y seis que danzan al son del *fango*, flauta que se toca con la nariz.

Excepto en el número de danzantes, que es ilimitado, este baile parécese al en que en los países civilizados bailan los hombres al son que les tocan.

La carne humana entre ellos es un lujo de los más ostentosos, y en la dificultad de

procurárselo con frecuencia, algunas clases, las más distinguidas, dando pruebas de buen gusto, sacrifican á sus propios amigos y parientes.

Van los hombres y las mujeres completamente desnudos y cúbrese tan sólo con cendales tejidos de fibras vegetales, y rodean su garganta con collares de dientes de cachalote.

Las hembras se adornan la cabeza con flores naturales. Rasgo supremo de coquetería implantado también por exportación en los países civilizados.

Los duelos de estos salvajes, á la muerte de algun pariente ó persona querida, son extremados. Los novios se cortan en señal de dolor una ó más falanjes de las manos, llegando á veces hasta sacarse los ojos; quien sabe si por aquello de:

*¡Juradme que esos ojos que me han visto  
nunca el rostro verán de otra ninguna!*

Porque la poesía siéntela el hombre amando y los poetas todos son lo mismo. El poeta es la única obra perfecta de la tierra.

Para demostrar el fuego de la pasión salvaje de estos hombres, es buen ejemplo aquel que nos da un joven enamorado que

por desvío de su novia enfermó gravemente. Y demacrado y débil, expresó á su familia su deseo inquebrantable de ser enterrado en vida para evitar así que las muchachas se burlasen de él llamándolo esqueleto. ¡Oh, manes de D. Juan! ¡Abelardo, Romeo, Pablo! ¿Adónde está vuestro romanticismo? Sombra de Diego Martínez de Marcilla, debes desvanecerte. Vuestro sacrificio, sin Isabel de Segura, sin Virginia, sin Julieta, sin Eloísa y sin Inés, no hubiera existido. Sois prosaicos y sois vulgares. La grandeza vuestra, no os pertenece; es de las mujeres..... Acordaos de Propercia de Rossi, de la artista bolonesa que despreciada por su amante frívolo, pálida, desfallecida, y en tanto se apagaba la luz de sus ojos y se perdía el color de sus mejillas, aun sostenía con sus manos, dignas de mejor causa, el buril ejecutando en huesos de melocotón corazones vegetales, escenas que como su «Pasión» dan el sentido del padecer por amar..... Así, pues, amadores correspondidos, ¿cómo ponerlos en parangón con este salvaje innominado?

Y volviendo á la historia: el padre del joven, de acuerdo con la pretensión del niño, no queriendo contrariarle, porque el



amor para la familia es lo más sagrado, lo enterró vivo sin querer atormentarle, y cuando el desdichado pedía que se le estrangulara para terminar su vida, fué reprendido por molesto, diciéndole su madre que muriese tranquilo como morían otros de sus semejantes..... Y la novia despechada, volviendo sus ojos al sacrificado, quemóse en su desagravio un brazo y un muslo.

Para aplacar la ira de los dioses irritados por cualquier cosa, se inmolan niños ó lo que se hace en caso contrario, los sacerdotes estupran á las vírgenes.

Creen, con la mayor sinceridad que puede creerse, que los hombres malos cuando mueren se pudren en la tierra sin remedio, en tanto que los buenos vuelan con los dioses á lugares de dicha donde se transforman hermosísimos. ¡Estupenda creencia!, que no es bastante á aumentar el número de los honrados, ni de los morales.

Su alimento principal es el fruto de un robusto árbol, llamado *bunia*, cuya copa secular balancea en las purísimas alturas. Es este árbol, el árbol divino del Archipiélago, de las Islas y de los indígenas. Su fruto no madura más que de tres en tres

años y los salvajes se reúnen en tribus para recogerlo de los bosques sagrados.

Desde la llegada de los europeos, según un autor, sea por el tufillo de los rebaños de ovejas que éstos han importado de Inglaterra, ó por el olor propio de los mismos europeos que no huelen bien, estos fuertísimos árboles se marchitan y desaparecen. Y los indígenas al recoger su fruto que poco á poco va extinguiéndose, al compás de melancólica cadencia del *fango* cantan:

*La última fruta buniana  
madurará en el último superviviente de los  
[bosques de las bunias,  
y caerá al suelo  
mientras el último habitante de las Islas  
entregará su espíritu á las estrellas.*

¡Triste presagio que se cumple! Pues los bunias desaparecen á medida que Europa se enseñorea de aquel territorio.

La muerte del Jefe en una tribu es un gran acontecimiento. Sus esclavos y sus sometidos lloran, sin que esté aquí lo extraordinario de la cosa, porque lo hacen como en Europa, sino que además se lamentan de esta forma:

«Para mí ya no hay más vida, y lo que

me queda no será sino tedio y amargura. El sol que me animaba se eclipsó, y se ha oscurecido la luna que me alumbraba, y la estrella que me guiaba ha desaparecido, y el lucero que con su brillo favorecía el mío, se apagó; voy á quedar envuelto en profunda noche y abismado en un mar de llanto y amargura.»

Y responde otro coro:

«¡Ay! Todo lo perdí; jamás veré al que hacía mis días felices y mis noches cortas; la joya de mi corazón. ¡Lástima! El valor de nuestras guerras, el honor de nuestra raza, la gloria de nuestro país, el héroe de nuestra nación, ya no existe; nos dejó..... ¿Qué va á ser de nosotros y cómo en adelante podremos vivir?.....»

Y así siguen los epítetos póstumos, gloriosos recuerdos que no empecen para que en vida el muerto gozase del odio desleal y traidor de todos los que en la tierra queda. Pero lo mismo aquí que allí la muerte es siempre respetuosa.....

.....

Tal era á grandes rasgos la psicología del pueblo á que el Angel había mandado ir á Ramón Blasco, y ahora empezaba á preocuparse éste de su misión en aquellas Islas.

—¿Qué tengo que hacer allí? ¿A qué voy á un país desconocido ignorando su lengua, sus usos y sus costumbres?

El pordiosero hacía se todas estas preguntas y enseguida se respondía:

—La Fe es ciega; hay que obedecer.

Y seguía; hála, hála, por los caminos, esperando llegar pronto á un puerto donde embarcar para el Archipiélago, reuniendo las limosnas, el producto de las dádivas humanas, que no eran muchas, pasando penalidades y estrecheces.

Ya ni se acordaba de la vieja, ni de los tormentos pretéritos; sólo pensaba en el cambio de vida, en su futuro, en el porvenir, que veía franco en medio del presente espinoso.

Procuró el mendigo informarse de la lengua que hablaban los habitantes del Archipiélago, y se enteró que era un idioma dulce y agradable, mejor dicho, dialecto del idioma polinesio, sencillo, adaptable y eufónico, de lo que daba idea, á la vez que revelaba el carácter y costumbres de los insulares, el siguiente canto:

*Pienemé, fekauí pienemé,  
Piekoubí, pienemé piekoubí,*

*Pienemé fekauí pietanbum,  
Pienemé fekauí pienemé,  
Pietocho, piekoubí piekové.  
Piekové makobí pietocho  
Pienemé pietocho piekoubí  
Pietanbourou naondjé miliní matcheví  
Matcheví aevivikosa teñulí  
Matcheví, macheví, mache, macho.*

La edad avanzada de Ramón Blasco y el estado de sus facultades mentales, hizo que le costase gran trabajo aprender esta fácil cancioneta.

Después de grandes dolores de cabeza, logró al fin aprenderla, figurándose que era una especie de matchicha cantándola con música clásica, lo que á la armonía de la dicción, imprimía cierto dejo salvaje y sentimental.

El pordiosero sentía grandes anhelos por verse ya en el lugar que Dios le había destinado. Predicaría en las Islas la Fé de Cristo, la Esperanza en la otra vida y la Caridad entre los hombres; la Verdad única de la Religión verdadera y ¡quien sabe!, si como premio á sus esfuerzos, lauro á sus trabajos, corona á sus iniciativas y meta de su éxodo, aun llegaría á alcanzar su

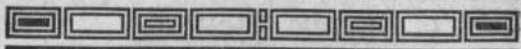
martirio en aquel rincón apartado donde el calor cristiano no había aún puesto las plantas en muchos sitios, según sus noticias.

Disposiciones y aptitudes para todo tenía.

—Voto de pobreza, no es necesario que haga; de castidad, Señor, el pobre es casto siempre—decía con resignación—, y de obediencia doy pruebas fehacientes siendo sumiso.

Igual que el Santo, á haber sabido latín Ramón Blasco, podía decir: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum*. Pero su ignorancia de esta preciosa lengua no le permitía tal lujo, contentándose con desear vivamente llegar pronto al punto donde embarcase á buscar alimentación para sus energías vírgenes.





### **Impulsos libertarios.**



**T**RES meses tardó en llegar el mendigo al puerto de mar donde embarcaría. Ignoraba qué población era aquella en que se despedía de España.

Una vez en ella, logró avistarse con un agente de embarque, persona distinguidísima, de esmerada educación, de delicadeza exquisita, comparable tan sólo á la corrección de los editores españoles que en punto atildados porque no se diga que explotan á los autores, corren con las obras sin haber puesto en ellas las manos..... Aquel hombre en seguida le puso al corriente de las noticias que necesitaba.

A los quince días saldría un buque en el que podría hacer el viaje.

Aún le faltaban algunas pesetas para po-

der abonar el pasaje, y pidiendo no llegaría á reunirlos.

La cultura de Blasco no era tan extraordinaria que llegase á conocer la máxima de que *El fin justifica los medios*. Sin embargo, aunque ignoraba esto, bien se le alcanzaba que era su deber agotar humanamente todos los recursos para salir en aquella fecha. Divinamente preparó un hurto, pensando con santidad que el robo ganaría el cielo á cambio de la pérdida—y el trueque bien lo valía—de unas pesetas, ya que sus dineros se iban á invertir en obra de tanta transcendencia para la vida de muchos hombres, como su viaje.....

Era la tarde de uno de esos días extremadamente agradables del otoño. Día turbio, tristón, de esos que hacen sufrir sensaciones inapreciables de otra forma, situadas más allá del círculo en que nuestros sentidos se mueven. Tardes de cielo oscuro, ceniciento, del que con monotonía se desprende una lluvia tupida que parece quedarse en el ambiente, plácido no obstante, y galvanizarlo, darle plasticidad representativa del estado de conciencia nacional. Tardes opacas como el espíritu de



los tristes; tardes transitorias de las de los días estivales á esas sin luz del invierno, hermosas tardes que parecen brindar á la observación y al recogimiento, tardes preñadas de melancolía y en las que sin embargo las gentes se lanzan á la calle y en tropel van y vienen de un lado para otro..... sin hacer caso al día, marco soberbio para los cuadros sociales de esta sociedad sin penas, que el que las tiene las pasa solo.

. . . . .  
Ramón Blasco, abstraído, pensando en la forma de procurarse el dinero que necesitaba para ponerse en ruta, á ratos pedía y de cuando en cuando cobijábase en los quicios de las puertas, entre una multitud abigarrada que huía al agua, buscando refugio.

Por el centro de la calle, chapoteando sobre el asfalto, circulaban coches y automóviles transportando el lujo y la ostentación, que lucía sus galas y preseas en el misterio de joyas y encajes á través de los cristales empañados de los vehículos.

Al pordiosero ocurriósele una vulgaridad supina y recordó los versos aquellos, malos, sí, pero también inciertos, de:

*Mucho lujo, gran boato,  
modas, trajes, ilusiones.  
Y luego.... pocos doblones  
y economía en el plato.*

Pasaba el mendigo por una de las calles principales. Radiantes de luz los comercios aparecían en su competencia espléndidos, derrochando el gusto para atraer al público. A las puertas de las tiendas lujosísimas, veíanse lacayos adamados, con trajes de servil corte en los que campeaban escudos y galones, que paraguas en mano esperaban la salida de la señora para cumplir la consigna, manteniendo en tanto conversación con los cocheros que, impertérritos en los pescantes, resistían la lluvia, soltando de vez en vez alguna imprecación contra Dios, sin acordarse que la culpa era de las damas.

Blasco, al pasar junto á un automóvil, maquinó un tremendo delito. Entre los mullidos asientos vió relucir una cosa como una cadena, quizás de algún bolsillo con dinero.

Volvió á pasar de nuevo y aprovechando un descuido del mecánico asomó la cabeza por la ventanilla y ¡no se sabe cómo fué.....!

Pero ello es que detrás de la cabeza fué el brazo y enseguida apartóse corriendo, mejor que como alma que lleva el diablo, como individuo que se lleva algo.

Fué un desencanto para el pordiosero, pero ya no había remedio; el bien estaba hecho. Sin embargo, él creyó que sería otra cosa, porque si sabe que es aquello: *ajuares con dientes, para los ricos.....*

Había robado un magnífico ejemplar de perro de Malta, de los que tanto escasean y son tan codiciados. Era el animal minúsculo, de pelo extraordinariamente crecido, blanco, immaculado, purísimo, que con cuidado y esmero le caía dividido al lomo en trenzas ondulantes que podían muy bien darle tres vueltas al cuerpo; brillantes trenzas de un brillo peregrino capaz de darle celos á la cadena de plata que pendía de su cuello.

—Es una hermosa cadena—se dijo Ramón Blasco—. Bien vale el resto de lo que me falta para abonar el pasaje.

Metió el perro en el morral y empezó á pensar qué hacer de la cadena. ¿Y del animal?

—Los perros son animales antipáticos. Entre un perro y un hombre va alguna di-

ferencia..... Sin embargo, estas señoras de la aristocracia son poco ó nada aristocráticas. Yo mejor echaría una cadena al cuello de un hombre, que al de un animal. ¡Y luego perro! Que es muy fiel, dicen, ¡es claro!, algo bueno había de tener. Comiendo bien y tratado á cuerpo de príncipe, mayor fidelidad tendría yo. Además que la fidelidad es una estupidez; es cosa de esclavos y de mujeres....

Blasco deshízose de la cadena á cambio de unas pesetas y á toda costa quería desprenderse del animalito, que en el fondo del morral, entre trapos y mendrugos de pan, empezaba á perder su brillo y sus atractivos. Además, hecha la boca á manjares delicados, los alimentos poco exquisitos que el pordiozero le ofrecía, ni los tocaba siquiera. Esto preocupaba al mendigo, que no dejaba de comprender que el perro era un regalo de primera para cualquier dama galante.

Se le ocurrió que quizás hubieran anunciado su pérdida en algún periódico, y la dueña, como es costumbre, gratificaría espléndidamente á quien presentase el animal.

Compró un periódico, y entre anuncios

de demanda y ofrecimiento de trabajo, encontró el siguiente reclamo:

### PÉRDIDA

*Se suplica á la persona en cuyo poder se encuentre un perrito de los llamados de Malta, que atiende por Lulú, y cuyas señas son, etc., etc., etc, lo devuelva á su dueña Lady Hawisson en la calle de \*\*\*, número 19 (Hotel). Donde además de las gracias por el favor especial que realiza, será con espléndidez gratificado.*

El mendigo echó á andar con dirección á la calle que indicaba el anuncio. Una vez en ella, paróse frente á la casa de la dueña del animalito. Estaba dispuesto á entrar, y con celeridad, sin explicarse casi á qué obedecía aquella determinación, procuró apartarse de la calle de \*\*\*.

—No llevo el perro á su dueña. Yo no necesito más dinero y no soy egoísta. La libertad debe ser respetada, y aunque sea la de un perro merece mis respetos..... Igual que la propiedad.—Y con desenvoltura, sacó el perrito, que iba enflaqueciendo, del morral, que era su jaula y prisión, y poniéndolo en el suelo, le dijo:

—Hála. No quiero esclavizarte á cambio

de unas pesetas, aunque la esclavitud fuese con cadenas de plata..... La libertad es oro. Aprovéchala y que te aproveche, perrito de Malta, *Lulú* hermoso, aunque pronto morirás, seguramente, empachado, como los hombres, de ella. Sé perro vagamundo y disfruta.....—Y abandonó el animalito.

Añadiendo más tarde.—Vaya; hoy he hecho dos obras grandes: he combatido prácticamente á aquél que decía que la propiedad es un robo, demostrando que lo que es, es una cosa aprovechable á los ladrones; he dado libertad á un ser animal, teniendo lo suficiente para el viaje. ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Propiedad! ¡Viva el Robo! ¡Vivan los Ladrones!—Y arrepentido por estos dos últimos vivas, que fueron inconscientes y comprendía ahora que eran subversivos, persignóse y dijo:

—¡Loor á la esclavitud! ¡Vivan las cadenas!.....—lanzándose á paso presuroso en busca de un lugar donde pasar la noche hasta el día siguiente, que emprendería el viaje.





### En ruta.



**D**ÍA espléndido era aquel en que Ramón Blasco abandonaba la Península. Uno de esos días de cielo hermoso; neto, castizamente español, porque la naturaleza sabia parece que junto al fuego agareno de la raza torera ha distribuido en armonía los elementos y contribuye á nuestra fiesta nacional con los destellos de un sol abrasador, español sólo.

El barco partiría á las seis de la tarde con rumbo á Sidney.

Ramón Blasco quiso aprovechar el día. Había toros y elecciones, cosas que en España hay con la misma frecuencia.

A las tres de la tarde el pordiosero, junto á mendigos de brazos y piernas amputadas y miembros anquilosados con muñones repugnantes; tristes despojos de la

sociedad riente, se puso camino del circo taurino á implorar la caridad por última vez. Ya no volvería á hacer una competencia tan poco humana, á disputarse los céntimos de los dadivosos con personas más necesitadas que él.....

Las gentes discurrían alegres y dicharacheras, haciéndose lenguas de la bravura de los toros y del arte y del cartel de los toreros, indiferentes á las súplicas y á las demandas de los mendigos que pedían asistencia en nombre de Dios.

Ramón Blasco colocóse junto á un hombre que repartía prospectos. Con gran curiosidad le pidió un anuncio. El repartidor, como deseoso de terminar su quehacer, le alargó papeles en abundancia.

Convencido el pordiosero de la poca largueza para con los pobres de la gente que va á los toros, púsose á leer. Eran anuncios de una casa de vinos, abierta recientemente y hojitas santas de caridad y de paz, quintaesencia de buenas doctrinas, en las que se mandaba santificar las fiestas, afirmándose por boca de todos los moralistas de la Iglesia sin excepción, á los cuales refrendaba el sentido común y lo mandado por el Sumo Pontífice *ex cáthe-*



*dra*, que «era menester que los católicos avisasen y persuadiesen al pueblo que entre un candidato digno y otro indigno, votase al digno, porque el indigno era peor que el infiel.» (I. Tim., V. 8.) Esta cita hacía gran fuerza, pensaba Ramón Blasco, y el mandato no podía ser más cuerdo.

Acordándose del viaje, el pordiosero guardó los anuncios. ¿Quién sabe si en las Islas de Santa Cruz podría utilizar la elección para designar jefe ó sería menester aconsejar á las gentes la concurrencia á algún establecimiento determinado? Y después de iniciados los indígenas en el catolicismo, al corriente de sus ofrecimientos, nada como una cita eclesiástica. (I. Tim. V. 8.)

Eran las cuatro y media cuando el mendigo emprendió el camino del muelle. Una hora más tarde ya estaba en el barco que se disponía á zarpar.

Sin que nadie le viese sobre cubierta, á la borda del buque, lloró raudamente, yendo á confundirse sus lágrimas con las aguas del mar.

La sirena del barco hendió penetrante los aires, al mismo tiempo que con furia las hélices pusiéronse en movimien-

to, azotando las aguas, y la embarcación arrancó.

Al perder de vista España, al mendigo se le ocurrió pensar en el destino de este pueblo pródigo en héroes, en mártires, en bandidos, en abogados, en políticos, en toreros, en prestamistas, en..... gentes raras, que ningún otro pueblo da con tanta abundancia; en la suerte de esta tierra, donde todos nos sacrificamos con el mismo desinterés y con igual abnegación en aras del mal ajeno donde ciframos el bien propio; en la misión de este país, donde el prójimo está aviado.....

—España, España, gran país, país viejo... ¡Qué bien se vive en tí! Da gusto. Total, veinte millones de habitantes para tanta tierra no es extraño. Y luego, todos los ciudadanos lo mismo, tan afables y cariñosos unos con otros como si fueran hijos armonizados de la gran familia que cuotidianamente, desde la antigüedad, rompiéndose la crisma en la faz del planeta, han comprendido lo inútil de la lucha y dulcifican su carácter y la acritud de su espíritu, de ese espíritu que á Torquemada llevó á Inquisidor, y á monja á Sor Patrocinio, y á caballista á José María *el Tempranillo*.....

—Y volviendo á derramar lágrimas de despedida, lanzó un profundo suspiro al terminar de decir eso.

La embarcación navegó con buen mar durante veintiséis días, haciendo escala en diversos sitios.

El emigrante, durante ese tiempo, no había salido de su camarote, dedicándose exclusivamente á la oración y al recogimiento.

Al amanecer del día veintisiete, en lontananza vió el vigía apiñados infinidad de islotes. Era el Archipiélago de Santa Cruz; el barco navegaba en aguas del mar grande Oceano Pacífico. Así lo anunció á los pasajeros, que se mostraron indiferentes á la noticia.

A dos ó tres millas de distancia de los islotes, el capitán mandó parar la máquina. De uno de los costados del buque se descendió un bote que, pilotado por dos marineros, y en él Ramón Blasco, se alejó de la embarcación á golpe de remo, dejando en las aguas la huella de su paso, una estela blanquísima que se rizaba y pronto desaparecía.

—¿Quién era aquel hombre?—se preguntaban los viajeros.

Y el que más, satisfaciendo la curiosidad ajena, dando rienda suelta á su imaginación, decía:

—Uno de tantos aventureros.

Durante la travesía no había hablado con nadie. Todos ignoraban quién pudiera ser, hasta que un señor grueso, con marcado acento catalán, dijo.

—Es un loco.

El capitán del barco, sacando de dudas, con esa familiaridad que el ambiente de los viajes da, leyó la inscripción del registro, que expresaba: *Ramón Blasco, peregrino y misionero.*

.....

Durante un gran rato, impacientes, esperaron en el barco la vuelta de los marineros, que al fin llegaron, emprendiendo de nuevo su ruta el buque.





### La tierra de promisión.

**C**N cuanto echó pie á tierra Ramón Blasco, una decepción grandísima invadió su sér, apoderándose de su persona un algo extraordinario, mezcla de dolor y de pena. Los naturales de Vanikoro, que fué el islote donde los marineros le dejaron, eran hombres corrientes, algunos hasta elegantes.

Las mujeres, con frivolidad compuestas y ataviadas, pasaban á su lado indiferentes; vestidas á la europea, sin llevar espolvoreada con cal la negra cabellera, luciendo peinados clásicos y engalanada la cabeza con sombreros exportados de los grandes mercados mundiales: París, Londres, Viena.....

Pudorosas y recatadas, cubrían la tez con velillos tupidos y transparentes para ver sin ser vistas, recogiendo gráciles y donosas

el vuelo de los vestidos para mostrar con castidad y coquetería la vaporosa pierna y el empeine de los pies chiquitos, calzados en zapatos Luis XV é Imperio.

Solo, con un pesimismo abrumador, andaba Ramón Blasco cruzando al azar vías dignas de un pueblo moderno ó americano. De vez en vez, cruzábase en su camino con curas y con frailes que vestían hábitos talares de canónico corte regular.

En las avenidas, casas en ringla, tiradas á cordel, severas y suntuosas y altivas, se levantaban entre verjas que servían de cierre á parques frondosos, de extraordinaria exuberancia.

En el arroyo, sorteando los coches y tranvías que en distintas direcciones marchaban, chicuelos casi desnudos, esos hijos de todo el mundo, que dice Gorki, los golfos de nuestra España, ofrecían á los transeuntes periódicos y revistas voceando estentóreamente la mercancía.

En medio de aquella baraunda inusitada, el pordiosero no sabía qué hacer; sin rumbo, perdido en mil cavilaciones, seguía andando, y si poco se descuida al atravesar una calle, un automóvil le atropella.

En su deambular, llegó á una plaza gran-

de, casi regular. Surgiendo del centro de la misma, sobrio, un monumento se erguía. Las figuras que remataban el monumento, eran tres aguerridas matronas que se confundían en un abrazo de paz. Dando frente á estas figuras un suntuoso palacio se levantaba; en el frontis había un bajo relieve con una inscripción de tres palabras que en todos los idiomas pueden leerse sin saber lo que significan:

**Libertad. Igualdad. Fraternidad.**

Reflejamente á la imaginación del colonizador divino fracasado, vino el destino de aquel soberbio edificio.

—Debe de ser el Palacio de las Leyes— dijo Ramón Blasco.—¿A qué dudar? En efecto; lo es. Y humanas serán todas las que de aquí salgan.

El Manual Geográfico estaba equivocando, ó aquella no era la Isla de Vanikoro.

Ya la justicia de aquel pueblo bárbaro no descansaba en la fuerza bruta; su moral no era arbitraria y su bienestar y su progreso eran bien patentes. Ni vivían en ninguna clase de comunismo ni eran anarquistas.

—¿Salvajes? ¡Qué va á haber aquí salvajes!—Entonces al mendigo le pareció

poca la indicación de que en 1871 se comieron los indígenas al Obispo Patteson.— Sí; pudieron habérselo comido, encontrándose la raza en el último tramo de su *ricorsi*, siendo muy humanos..... Cuando á través de los cruzamientos los tipos se pierden y los hombres degeneran, hay un instante en que la Naturaleza se satisface haciendo retornar á las generaciones al punto de partida, para sarcasmo de los humanos, para su enseñanza, para que no olviden que el sér racional de hoy es el mismo que el de ayer. Que entre el pasado y el presente hay un valladar, sí, que ellos mismos levantan; pero qué para nada les sirve.....

Parecía mentira que aquellas fueran las Islas descubiertas por Mendaña (?), por los españoles en el siglo XVI. Los habitantes indudablemente eran los que habían cambiado.

El pordiosero recordaba el trágico fin del Obispo Patteson.

Habían invitado al Prelado á comer los principales, los nobles de la Isla de Vanikoro. Sentado á la mesa, paternalmente reprendía el Pastor á las ovejas:

«No os afiancéis en vuestro poder, pode-



rosos—les decía—, no impongáis injustos tributos—como si los tributos fueran justos—á los pobres; porque mirad.»—Y tomando con sus manos beatíficas y carnosas un pan, exprimiólo, haciendo salir de él en abundancia sangre.—Mirad bien lo que coméis, pues esta es la sangre de los pobres.

Y airados los ricos, con la sangre en los ojos, que les cegaba, coléricos se arrojaron sobre el Obispo, al que por escarnio á sus insultos condenaron á servir de pasto en un banquete que al pueblo dieron.

..... Blasco encontrábase arrepentido del viaje. Sus desvelos y sus trabajos eran inútiles. Bien lo veía. Antes que él, los viciosos europeos, los hijos de estos pueblos viejos, habían llegado allí á encender el fuego de la civilización, á dar energías al pueblo bárbaro, ahito de fuerzas. Y el emporio brillante de la cultura encarnó en las mujeres y en los hombres. No había más que mirarlos.

Desigualdades no existían; pero clases, sí. Tres podían contarse por la visión momentánea que impresiona la retina del viajero en país desconocido. Había hombres que trabajaban para vivir, sin grandes deseos y

sin inquietudes grandes; quienes vivían para trabajar, anhelando, afanándose, esperando encontrar el premio de sus sudores, la recompensa al castigo, remuneración para tanto padecer; y los que sin trabajar vivían, porque los demás se esforzaban para ellos. Habían comprendido la igualatoria ley del trabajo y procuraban eludirla. Porque en el hombre de todos los continentes y de todas las Islas de un polo al otro, está el secreto de la vida como en ningún otro animal, y el secreto del trabajo. Además, el no hacer nada, no es ninguna novedad moderna y no es poco aniquilante si se hace bien.

En Vanikoro, Ramón Blasco, en medio de aquella civilización que surgía, empezaba á negar todo, dudando más y más de los libros.

—¿Salvajes? Aquí no puede haber salvajes. Sólo la ocurrencia de los hombres que piensan ser civilizados, ha podido imaginar tal cosa..... ¡Cómo van á ser salvajes los habitantes de un país bárbaro que en 1871 se comieron sólo al Obispo Patten-son.....! No, no puede ser; me lo enseña la observación y á ella tengo que rendirme.

Y en efecto, el mendigo veía á los poli-

nesios y á los melanesios con los mismos prejuicios, con las mismas doctrinas morales aparentes, con el mismo grado de cultura que á los latinos, que á los germanos, que á los eslavos. Los veía que no eran ajenos á las riquezas, ni á los placeres, ni á las modas, ni á las pasiones, ni á la ambición..... Que no eran crueles, ni ladrones; que respetaban lo tuyo por lo mío y al contrario, igual que en España..... Y que daban gran importancia á la castidad. Que hombres y mujeres ya no se tatuaban, ni adornaban sus cuerpos con conchas, ni con colmillos de pescados. Que graves, ceñudos y altivos, se deslizaban rápidos por las calles, con las mismas preocupaciones, con igual ensimismamiento, con la misma actividad que los viejos europeos..... con la misma indiferencia hacia los pobres..... Que no vivían en ninguna clase de comunismo,— ¡qué iban á vivir!—porque el comunismo es cosa de ovejas; y que no eran anarquistas, aunque con el tiempo, siguiendo por aquel camino, lo serían.....

Ramón Blasco echó la vista á la antigüedad, y se acordó de Diógenes, el filósofo aquel que, haciendo filosofías de la vida, decía que no consiste la desgracia en vi-

vir, sino en vivir mal; y á fuerza de desengaños, de filósofo pasó á estafador; y en seguida le vino á las mientes que Diógenes pedía á las estatuas para acostumbrarse á las denegaciones.

—Es lo último que me faltaba negar— añadió Blasco—, hasta el talento de los sabios, porque el del Cínico no estaba en esto á su altura. Lo mismo podía pedir á los hombres..... ¿Qué mayores estatuas para dar?

Veía el pordiosero que los habitantes de Vanikoro eran negociantes y trabajadores. Que el honrado comercio tenía una representación digna, y que á esta sacratísima misión pertenecían muchos hombres burdos y zafios, sí; pero que se sacrificaban, que románticamente, no explotando á nadie, todos se enriquecían, amando el orden y la justicia, pregonando la regularidad, la moral por lema, haciéndose la competencia, ganando el público y ellos.

—No hay nada como el comercio honrado.—Y cambiando en seguida de pensamiento, convencido quizás de que á la honradez mercantil le pasa lo que á los espejos, aquélla cuanto más comercial más honrada y éstos cuanto más azogados se

empañan antes hasta con el aliento.... Fijábase Ramón Blasco en que al pasar los melanesios y los polinesios, mirábanse mutuamente á los atavíos respectivos, guardando displicencia para el pordiosero, á quien las cosas más corrientes; lo que siempre había visto, embelesado allí observaba, encontrándose en Vanikoro como á buen fuer hubiérase hallado el Santo Padre Moisés de la Escritura á pisar la Tierra de Promisión....







## EPÍLOGO



### !!!Los Inútiles!!!

**R**AMÓN Blasco llevaba ya algunos días en la Isla de Vanikoro. Su dinero tocaba al fin, sin haber logrado hallar empleo á sus actividades. Y el fracaso de sus planes era un golpe tremendo para la fe de Blasco. Acordábase éste de los mártires y de su martirio; del cocinero japonés Joaquín Sauquier, que se hizo fraile y consiguió alcanzar la palma eterna de la alegría por su muerte triste, allá en el país del Mikado, en compañía de otros Santos; de Gabriel Doxicu, de Paulino Suzuqui, de Diego Kisai y de algunos más.

Y para conformarse dando alientos á su vivir de penas, pensaba el pordiosero que los mártires habían ya pasado á la Historia... Que la navegación aérea, la luz eléctrica y los automóviles, el telégrafo y la imprenta, habían revolucionado el mundo. Luego... la Prensa, los periódicos, las revistas; heraldos y portavoces de la civilización..... El libro. ¡La maldita escritura! Porque si la lengua que es divina nos sirve para encubrir los pensamientos, ¿qué no encubriremos con la pluma, que es humana?..... Los códigos inflexibles, las rectas constituciones imponiéndose, al mismo tiempo que se acaba la fe en las creencias, que la caridad se extingue en los menesterosos y que la esperanza agoniza en los pechos nobles de los ilusos que poco á poco, dando paso á los prácticos, desaparecen.

—Yo soy un iluso—se dijo el mendigo. Y casi llorando, respondió:—Sí, pero los ilusos no son inútiles; nos guía un algo invisible, una mano previsorá que nos lleva al bien cuando buscamos el mal; que nos hace encontrar la vida, como á mí, cuando vamos en busca de la muerte.....

Al momento se acordó de la vieja que



le albergara durante aquella noche del sueño, y el ángel que le envió al viaje vino á su mente, diciéndose:

—Los Angeles, son criaturas perfectas, de inteligencia intuitiva, no pueden engañarse ni engañarnos. ¿Qué vió entonces mi creencia? ¡Fué un sueño! España es el país de los soñadores..... Allí todos soñamos..... Soy un creyente sincero, y los que creen hoy no viven, no pueden vivir. ¡Un miserable! No, eso nunca; los miserables son los vividores..... Un inútil..... Pero ¡hay tantos en la sociedad!

Y así, en mitad del arroyo el infeliz por-diosero, solo y abandonado en un mundo para él desconocido, no sabía el camino que tomar.

—¿Qué hacer?—se preguntaba.

Y mortificándose por encontrar esfuerzo á que aplicar sus energías, tras un rato de abstracción, pensó que no trabajaba.

—Para eso me faltan recomendaciones —decía—; una vez que he querido hacerlo, el fracaso se ha enseñoreado de mí. Soy ya viejo y no tengo servicio..... Además, odio el trabajo, y lo odio francamente, tanto, por lo menos, cuanto compadezco á los trabajadores.....

Entonces, la nostalgia de su arte antiguo renació en su pecho noble. Y así, encogiéndose de hombros, despreocupado y desaprensivo, olvidándose de todo, se acercó al primer transeunte á pedirle una limosna. Alargó la mano diestra, en tanto que con la otra se quitaba el sombrero, movió los labios como para pronunciar algunas frases, y el transeunte con familiaridad española le dijo en castellano neto:

—¿Por qué pides limosna?

El mendigo con voz entrecortada, sorprendido por la pregunta que no podía hacerla más que un español y que merecía una buena contestación, respondió:

—Para vivir.

—Pues tú eres joven.....

Y sin dejar que continuase, Blasco se adelantó diciendo:

—Sí, por eso pido, para ver si puedo llegar á viejo.

El transeunte sacó de sus bolsillos unos céntimos, ofreciéndoselos.....

. . . . .  
. . . . .

Ya sabía Blasco que para los menesterosos no había fronteras.

—¡Que no producían, que no trabaja-

ban! ¡¡¡Inútiles!!! Inútiles los literatos, y los sociólogos, y los periodistas, y los políticos, y los artistas, y los abogados, y los..... y todos los que á través de la vida van en pos de algo ideal ó intangible, la gloria ó el honor buscando más que el dinero, mortificándose y padeciendo en balde..... Los pobres no son inútiles..... Somos en la sociedad los más libres, los más iguales y los más fraternos: la pobreza nos une sin rencor, la miseria nos iguala sin distingos, y el no tener nada nos liberta.....

—La escoria del mundo, la hez..... Y eso, ¿quién lo sabe? ¡Pchs! Los pobres tenemos nuestro papel. Somos necesarios á los ricos, que sin nosotros, adiós virtud de la caridad; como los ricos á los pobres, que sin aquéllos no serían bienaventurados. Sin unos, también, no habría otros. En Oceanía y en Europa somos los miserables los únicos que no cambiamos con el tiempo y con la evolución de la vida.....

..... Cristo lo ha dicho: «Los últimos serán los primeros», y si los primeros para Cristo somos los pobres, los últimos son los ricos; pero para que haya este orden son de necesidad los unos y los otros....

Y después de pensar un rato sobre la

humana frase divina, amargamente irónico, brutalmente excéptico, cristianamente incrédulo, añadió con gravedad, como desdiciéndose:

—Los últimos; serán siempre los últimos.....—Al mismo tiempo que se quitaba el sombrero, presentándosele á otro transeunte, que por esta vez pasó indiferente...

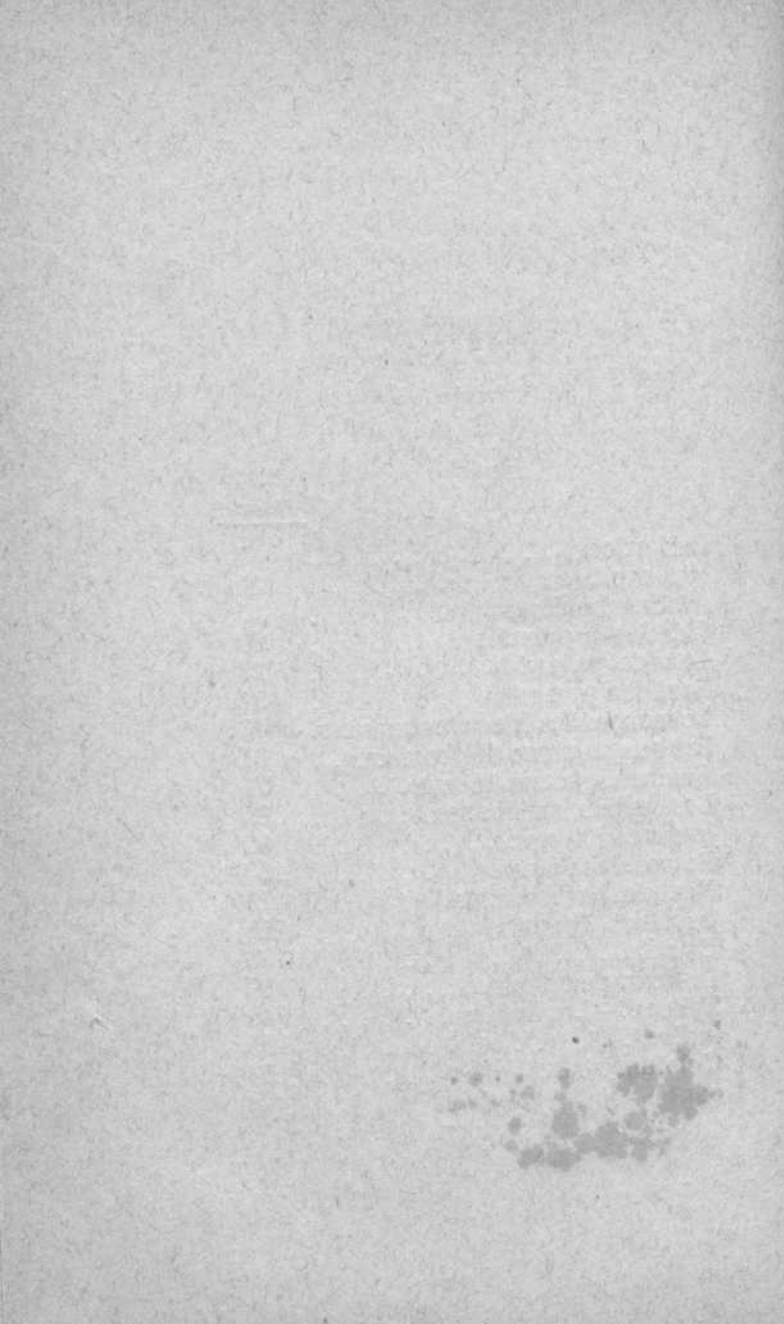
FIN

# INDICE

---

|                                         | <u>Páginas.</u> |
|-----------------------------------------|-----------------|
| Dedicatoria. . . . .                    | 7               |
| Prólogo. . . . .                        | 11              |
| ¡Pobres hombres! . . . . .              | 15              |
| Delicias provincianas. . . . .          | 19              |
| La vida, es la vida. . . . .            | 23              |
| Santidad peregrina. . . . .             | 31              |
| Lo mandan las Bienaventuranzas. . . . . | 43              |
| Las seis palabras del hombre. . . . .   | 61              |
| Taumaturgia santificante. . . . .       | 71              |
| Los sueños, sueños son. . . . .         | 85              |
| Jugar con fuego. . . . .                | 99              |
| En pos de la dicha. . . . .             | 107             |
| Historia retrospectiva. . . . .         | 113             |
| Impulsos libertarios. . . . .           | 125             |
| En ruta. . . . .                        | 133             |
| La tierra de promisión. . . . .         | 139             |
| Epílogo.—Los Inútiles. . . . .          | 149             |
| Índice. . . . .                         | 155             |
| Colofón. . . . .                        | 157             |

---





SE IMPRIMIO  
"LOS INÚTILES,"  
en la imprenta

DE LA

*"Revista Bilbao,"*

DE

BILBAO









EN PREPARACIÓN  
**SACRIFICIO ESTÉRIL**

(Relato místico y bárbaro.)

---

CARLOS  
CALAMITA

1944

# LOS FALSOS

1944

PRECIO:  
2 PESETAS

---